

Anatomía de una disciplina

25 años de historiografía chilena

Hugo Contreras Cruces

Rafael Sagredo Baeza

Jorge Rojas Flores

Facultad de Comunicaciones y Humanidades
Escuela de Historia

Registro de Propiedad Intelectual N°247.638
ISBN: 978-956-7757-56-5

Ediciones Universidad Finis Terrae
Av. Pedro de Valdivia 1509, Providencia
Teléfono: (56-2) 2420 7100
www.uft.cl

Edición: Santiago Aránguiz Pinto
Diseño: Francisca Monreal
Corrección de texto y estilo: Eduardo Guerrero

Primera edición: diciembre de 2015
Santiago de Chile
Impreso en Salesianos Impresores S.A.

*Nota: Este libro fue inscrito originalmente con el título de
25 años de historiografía chilena. Análisis de un disciplina.*

EL FIN DE “LA” HISTORIA DE CHILE EN EL SIGLO XIX*

Rafael Sagredo Baeza

Balance patriótico

La característica fundamental de la historiografía sobre el siglo XIX chileno producida en los últimos veinticinco años es que ella permite afirmar el fin de “la” historia de Chile. Todo en una época en que también se puso fin a la dictadura, y después a la política de los consensos, y que ha visto surgir, como en la historiografía, una serie de actores, antes invisibles, que exigen y hacen valer sus derechos, entre los cuales están la posibilidad de la heterogeneidad y el disenso. Pero también la de formar parte de la historia. Una historia que gracias a la aparición de múltiples, diversos, sufridos, dispersos y anónimos chilenos, entre otras muchas de sus características, dejó de ser “la” historia de Chile gloriosa, épica, edificante, única, monolítica e inapelable, como la constitución de la nación en el siglo XIX

* Una versión en inglés de este texto apareció en *Historia*, N°48, Vol. I, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2015, pp. 301-331.

lo exigía; y se transformó, evolucionó, hacia la historia en Chile actual, con múltiples visiones e interpretaciones.

Una historia más diversa donde “lo nacional” se dilató y dejó de aplicarse a una sola comunidad, tal como lo evidencia un ensayo de historia nacional mapuche que precisamente hace un llamado, tal vez todavía sólo retórico, a escuchar nuevas voces.

Una historia que no tiene al Estado o a la nación, a la esfera pública, como único objeto de su atención, y que cada vez con más frecuencia se ocupa de la población chilena y de su cotidianidad, casi siempre ajena a las gestas y a los hechos espectaculares con los que se ha mal educado históricamente a generaciones de alumnos. Una historiografía que ha transformado en protagonista a las personas y a su diaria y dura lucha por la sobrevivencia, que ha sido la característica del transcurrir de la mayor parte de los chilenos a lo largo de cualquier época de la evolución de esta comunidad.

Esperamos que los temas y obras en que basamos este ensayo sirvan para sostener nuestra afirmación. Que es una interpretación fundada en lo que nos ha tocado y hemos podido conocer, meditar e interpretar.

En este texto reunimos lo que nos han solicitado sus editores con reflexiones sobre Chile y su historiografía, fruto de nuestra experiencia, condición, intereses, posibilidades y escritos, que obviamente hemos aprovechado, todo lo cual ha dado como resultado un “balance patriótico”, como también alguna vez lo llamamos en homenaje a las voces críticas¹.

¹ En las xvii Jornadas de Historia de Chile celebradas en Pucón en octubre de 2007, fuimos invitados por los organizadores de la Universidad de la Frontera a dictar una conferencia que titulamos “Balance patriótico: la historiografía chilena postdictadura”. Entonces fue que por primera vez expusimos, ya

En él pretendemos discutir también nociones arraigadas sobre algunos de los componentes de las llamadas “patria”, nacionalidad o identidad chilena, que para estos efectos pueden ser consideradas lo mismo. En particular, nos interesa hacer frente a la idea de que sus componentes son fruto de un orden natural y que por lo tanto son inmutables, pues la historia y también la historiografía demuestran los cambios, para no aludir a los estudios sobre lo que se ha dado en llamar el patrimonio cultural.

Es balance porque ofrece un panorama, un “estado del arte”, reconocemos que más en los temas y títulos que en los contenidos, aunque de todas formas revisa implícitamente la situación general de una realidad historiográfica cada vez más formal e institucional; que ha hecho aportes al conocimiento histórico, a la historia como disciplina y a la comunidad; y que continúa sensible al estímulo social, como quedó en evidencia en las conmemoraciones de los veinte, treinta y cuarenta años del golpe militar de 1973. Es patriótico también porque habla del quehacer de una comunidad, de las formas en que ella se ha relacionado, abordado y comprendido su pasado, de los usos que ha hecho del mismo y de las memorias que ha generado para hacerlo convivir con un presente que exige información, comprensión y antecedentes a escala humana.

Nos preguntamos al organizar este trabajo si sería necesario dar los nombres, mencionar a los autores y referir sus títulos tras cada comentario o referencia sobre un tema.

que no lo escribimos, del fin de la historia de Chile en el sentido que aquí lo planteamos. Fue Vicente Huidobro quien en agosto de 1925 en *Acción. Diario de purificación nacional*, sorprendió a los “autocomplacientes” con su descarnado “Balance patriótico”. El texto fue rescatado del olvido por Mario Góngora en 1981 en su ensayo *La noción de Estado en Chile. Siglos XIX y XX*.

Como decidimos que no, sólo los entregamos al final de este texto, como sus editores nos lo pidieron, y ni siquiera en absoluto ordenados, alfabética o cronológicamente, sino que por temática, agrupados según un orden discutible, aunque siempre señalando el año de edición y la editorial para su rápida identificación². Los lectores atentos advertirán que a lo largo de nuestro ensayo usamos algunas de las palabras que forman parte de los títulos de las obras que nos han servido de fuentes; esperamos que ellas les basten para identificarlas³.

Como casi todos los textos fueron publicados en Santiago, sólo mencionamos el lugar de edición de los textos publicados en otro lugar. Esperamos que en un próximo balance historiográfico la proporción de títulos publicados fuera de la capital sea más amplia y significativa por su número, y que la tendencia de los últimos veinticinco años continúe y se acentúe⁴. Sin duda, centros académicos de calidad en la regiones contribuirían mucho a este proceso de descentralización del conocimiento, ejemplo a su vez de la

² El “Fichero bibliográfico” que *Historia* publica desde 1961, con la lista y breve descripción de los títulos sobre historia de Chile publicados el o los años anteriores a la aparición de cada anuario de la revista del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, es una herramienta para informarse sobre la producción historiográfica relativa a Chile.

³ En un medio en que por el reducido número de historiadores prácticamente todos se “conocen” o saben lo que los otros escriben, en ocasiones sólo basta una palabra, una sencilla alusión a un concepto para saber de quién y de qué se está hablando. Reconocemos que para los estudiosos ajenos a este ambiente y sus particularidades, si es que las tiene, nuestra opción podría dificultar su orientación, pero no la hará imposible.

⁴ Reconocemos que la lista de títulos que ofrecemos más adelante no da cuenta ni mucho menos de la producción historiográfica de las regiones. El desconocimiento directo de la mayor parte de ella no es una justificación, pero sí la razón. Si se cumpliera el depósito legal, el sistema de bibliotecas públicas recibiría la producción editorial de todo el país y los investigadores tendrían la posibilidad de enterarse de su existencia.

dilatación geográfica de lo considerado territorio de Chile por la historiografía⁵. De alguna manera, para los historiadores, ni qué decir de los etnohistoriadores y antropólogos, Santiago y su acontecer ha comenzado a dejar de ser Chile. Nombres como Trapananda y Tunupa, para no hablar de otros como Atacama y Patagonia, incluidos en títulos de obras de historia sobre Chile, reflejan esta realidad.

Señalar que el fin de “la” historia de Chile se puede constatar en obras sobre el siglo XIX chileno de las últimas dos décadas resulta elocuente. Entre otras razones porque siendo ese el siglo de la Independencia, de la organización republicana, de la constitución de la nación y de la expansión nacional, esos procesos y sus manifestaciones han protagonizado la casi totalidad de los trabajos históricos sobre el siglo XIX, la llamada historia de Chile. Por lo tanto, que ahora los estudiosos se ocupen, por ejemplo, de las mujeres o de la vida privada de los chilenos de entonces, demuestra el sensible giro experimentado por la historiografía sobre Chile. Sobra señalar que si lo han hecho para aquella centuria paradigmática, también lo han practicado respecto del período colonial y del siglo XX.

Ahora los ociosos, vagabundos y malentretidos se han transformado en actores centrales de una historia que décadas atrás sólo tenía en los inquilinos y en el asalariado minero sus más vistosos tipos sociales ajenos a la aristocracia criolla que había encabezado la Independencia. Mientras que la historia del siglo XX ha visto aparecer cada vez más sujetos que son

⁵ Arica, Valparaíso, Chillán, Concepción, Temuco, Valdivia y Punta Arenas, unos más que otros, ofrecen una producción historiográfica fundada en instituciones y fruto de investigación sistemática. Otros centros, como Iquique, Antofagasta, La Serena y Osorno, cuentan con historiadores cuyo trabajo, aunque adscritos a universidades, parece más la consecuencia de su entusiasmo y logros personales que de una política institucional.

objeto de la historia, como las mujeres, los niños, los torturados y asesinados por el Estado, los marginados, las masas y su vulnerable existencia, los campesinos, los estudiantes, los trabajadores, y otra serie de tipos que, según el tema de que se trate, disputan el papel central a los políticos y militares. La transformación de estos en protagonistas de la historia es una clara muestra de que no existe “la” historia de Chile, como se la ha entendido por demasiado tiempo ya, y que la diversidad, el quehacer de personas ajenas a la esfera pública, la variedad de ritmos y urgencias, lo rural, la hacienda y sus usos y costumbres, lo reprochado por la conciencia de la humanidad, lo situado más allá, incluso entre los espíritus, entre muchos otros temas, también forman parte de la historia en Chile.

Historia y sociedad

Otra característica de la historiografía del último cuarto de siglo es su sensibilidad para recoger las inquietudes de los hoy llamados “movimientos sociales”, antes “malestar indefinible”, que han ido transformando a la comunidad, en verdad a los ciudadanos-consumidores, en una población cada vez más “empoderada”. Actores en una situación que al manifestarse tan claramente como lo han hecho en el presente, reclaman su lugar en el pasado, en la historia, para legitimarse y proyectarse hacia el futuro. Dos temáticas de notorio desarrollo reciente, como las relativas a la educación y a la salud de los chilenos a lo largo de la historia republicana, sostienen lo que afirmamos en medio de una “crisis”, en realidad una situación poco equitativa de los sistemas de salud y educación que se prolonga ya por siglos, como lo prueban los estudios históricos; desgastando de paso cada vez más la noción de un pasado pletórico. Ni qué

decir del efecto que provoca la violencia que refleja la historia desde la perspectiva de género, entre otras cosas, porque muestran no sólo la inequidad de la sociedad chilena como un problema estructural, sobre todo, las vulnerables condiciones de vida de la gran mayoría de la población nacional, antes ocultas tras los mentados éxitos institucionales. Esos de la conocida historia de Chile de “la copia feliz del Edén” y del “asilo contra la opresión” difundida por la élite como parte del proceso de organización republicana, que los trabajos sobre el quehacer de Claudio Gay y la concepción de su *Historia física y política de Chile* demuestran fue, también, una estrategia, una verdadera operación política.

Más distante del poder que alguna vez la condicionó sin pudor, la historiografía sobre Chile, también la que se ocupa del siglo XIX, es cada vez más fruto de la academia⁶. De investigadores asentados en instituciones universitarias, con acceso a fondos concursables entre cuyos requisitos están una hipótesis, metodología, fuentes y el conocimiento del estado de la cuestión; insertos en redes nacionales e internacionales que les permiten dialogar con estudiosos de otras latitudes, que participan en congresos de su especialidad y que están “obligados” a publicar en revistas y editoriales reconocidas⁷.

⁶ En el extranjero, “todo” lo publicado sobre historia en Chile es fruto del trabajo de profesionales plenamente insertos en centros académicos.

⁷ Como es obvio, nada de lo anterior garantiza *a priori* un buen trabajo; incluso más, también hay abusos, estudios malos o repetidos, autoplagios y plagios, atribuidos erróneamente al “sistema”, a la presión de la indexación, cuando en realidad es consecuencia de malas prácticas individuales o del “olvido” de la ética profesional. Nuestra experiencia con los arbitrajes, evaluaciones y otras medidas destinadas a garantizar la originalidad y calidad de las investigaciones y textos, tanto en FONDECYT, la revista *Historia* de la Pontificia Universidad Católica de Chile o diversos comités editoriales —los que funcionan como tales y no son sólo nominales—, es

Es decir, que no sólo están dedicados profesionalmente a la historia, sino que además valoran el contacto con sus pares y las instancias de recibir críticas y orientación para sus trabajos, como por lo demás ocurre hace ya siglos en los centros académicos que nos sirven de referencia y es propio de la “academia”, incluso en la postmodernidad.

La especialización, por lo demás propia de todo tipo de conocimiento desde el siglo XIX, para algunos excesiva en razón del papel de pedagogía nacional que se atribuye a la historia, ha sido una de las consecuencias de la situación. Monografías, artículos y libros dedicados a problemas que pueden parecer locales, parciales o, incluso “irrelevantes” en el contexto general; sujetos perfectamente anónimos, incluso criminales y transgresores cuya memoria era mejor olvidar para el buen nombre de “la” historia de Chile, ahora han sido, afortunadamente, transformados en personajes de la historia en Chile. Ello ha contribuido a complementar nuestro conocimiento y comprensión del pasado, de la trayectoria de Chile como comunidad, la que gracias a todos estos trabajos resulta además “humanizada”, más comprensible, con más empatía por el lector actual y, sin duda, mucho más próxima, si ello es posible, a como realmente ocurrieron las cosas y no a como se quería hacer creer que habían sucedido.

Una expresión de lo que señalamos es el discurso de la democracia ejemplar que, incluso durante la dictadura, se ha difundido ya por demasiado tiempo. Los estudios históricos sobre la vida privada de los chilenos, las relaciones sociales, familiares, laborales, entre sexos, entre otros asuntos,

que el sistema ha contribuido a mejorar el nivel de las publicaciones y por lo tanto de la historiografía sobre Chile. Sin duda, los doctorados son también otra fuente de investigación original.

demuestran que una de las características estructurales de la sociedad chilena es la violencia y la desigualdad, desde siempre y en todos los ámbitos. Una historia de poder y subordinación. ¿Por qué la vida política e institucional iba a estar ajena a esta realidad? Y fue entonces que a partir de 1973 ella también reflejó la realidad cotidiana de nuestra sociedad. Para nosotros, aunque seguro objeto de discusión, una explicación para lo hasta hace poco inexplicable.

La visión crítica se ha hecho presente mediáticamente también a través de los llamados manifiestos de historiadores, en los que la interpretación sobre el siglo XIX, o los hechos ocurridos en aquella centuria, siempre están presentes. Estos se han publicado en particular para salir al paso de los defensores de la dictadura, que en ocasiones insisten en reivindicar su memoria, violentando la conciencia pública; pero también en favor de causas heterogéneas que la sociedad civil ha hecho suyas, desde las relacionadas con el medio ambiente a las reivindicaciones de los pueblos originarios, pasando por la demanda por un mar para Bolivia⁸.

Cuando hace veinticinco años asimilábamos la historia de la élite chilena a la historia de Chile, estábamos lejos del panorama actual, en que esta sólida unidad ha comenzado a desvanecerse a impulsos de la evolución social nacional y mundial, cuyos problemas, dilemas y desafíos pasan a la historia como preguntas, temas e interrogantes imprescindibles de atender para obtener antecedentes que

⁸ A propósito de manifiestos, no sobra señalar que obras como la *Historia del pueblo chileno* y la que denuncia la falsificación de Portales pueden ser manifiestos de una época, formas de combate a la dictadura, a costa incluso de la idealización de la historia de nuestra sociedad y de su trayectoria republicana.

permitan enfrentar de mejor manera la realidad cotidiana y sus exigentes requerimientos. De este modo, contemplamos un panorama historiográfico relativo al siglo XIX chileno plagado de obras que atienden a los más diversos sujetos, grupos, fenómenos y procesos sociales.

Desde los labradores, peones y proletarios al sujeto popular y la huelga general; de los hombres a la mujeres; de los ensayos sobre la mujer chilena a los perfiles revelados de parturientas, prostitutas, trabajadoras, esposas, hijas y madres; del vigor del roto al pueblo que nace para morir y vive para padecer; de los adultos de ceño adusto a los niños y jóvenes alegres y despreocupados en ocasiones; de la esfera pública a la vida íntima y privada; de la aristocracia, patriota o realista, al bajo pueblo que no fue ni lo uno ni lo otro; de los independentistas a los contrarrevolucionarios de 1810; de la organización política a la construcción social de la nación; de la crónica gubernamental a las prácticas políticas; de la tradición a la representación moderna; de la ponderada institucionalidad al militarismo y el golpismo; de la historia nacional a la historia regional; de los consensos a las tensiones entre centros de poder; de la inclusión a la exclusión; de los araucanos a los mapuches; de los indios a los pueblos originarios; de los actores individualmente apreciados a sus formas de sociabilidad; del catolicismo al laicismo; del Dios omnipresente al acomodo de Dios en la república; de lo objetivo y racional a lo subjetivo y la sensibilidad; del texto a la imagen; de lo tangible a lo intangible; de lo material a lo inmaterial; de la competencia nacionalista a la complementariedad regional⁹; de la historia que nos separa

⁹ En el Norte Grande, en la Araucanía y sus alrededores y en Magallanes,

a la historia que nos une y nos separa; de la guerra a la paz; de Chile como *finis terrae* a Chile en el mundo; en fin, de lo condenado y censurado desde siempre a lo conocido y estudiado hoy. Aunque cierto, y sólo como ejemplo de las posibilidades latentes, todavía nadie ha escrito, explicado y comprendido la vida y actuaciones de quien en 1837 encabezó el motín contra el todopoderoso Diego Portales: José Antonio Vidaurre. Un villano que la historiografía podría transformar en héroe o, al menos, en republicano consecuente, lo que no sería poco. Aunque supondría aceptar formas de oposición presentes en nuestra historia reciente que a la sociedad chilena actual se le hacen difíciles de admitir y, menos, transformar en modelo.

Todos temas en obras que representan un avance en el conocimiento sobre cada uno de los asuntos que se ocupan y una renovación metodológica de las fuentes y técnicas de investigación. Muchas de ellas también hacen una revisión de nociones arraigadas que, en demasiados casos, sólo eran mitos fundacionales de la nación. Representaciones interesadas, memorias selectivas, mecanismos de poder y de control que aseguraban la preeminencia de la élite. En virtud de esto, por ejemplo, ahora sabemos, como se propuso hace ya casi veinticinco años, que los hijos del vicio y del pecado, los abandonados y los huachos, forman parte del “bajo pueblo”, pero también de la historia y de Chile.

hay buenos ejemplos de trabajos de historia suprarregional que traspasan las fronteras y ofrecen perspectivas complementarias a realidades hasta hace unos años abordadas sólo desde la mirada local y nacional.

De la épica a la historia

Tal vez porque sólo hoy Chile disfruta de una condición que al parecer lo sitúa en el llamado umbral del desarrollo, con más de 20.000 dólares *per cápita*, es que su acontecer histórico ha estado desde siempre, aunque conscientemente desde la época de la organización de la república, asociado a la epopeya, a las grandes acciones de carácter público, a protagonistas que inevitablemente resultan ser personajes heroicos; a lo épico, a gestas gloriosas merecedoras de ser cantadas poéticamente, dignas de recuerdo; a hechos legendarios o ficticios que se han transformado en modelos, valores, paradigmas de la sociedad; a sucesos que alcanzan la categoría de dramáticos a lo largo de la narración, siempre centrada en un héroe, individual o colectivo, cuyas hazañas merecen conocerse, recordarse, transformarse en patrimonio de la comunidad, en historia, “la” historia de Chile. Una historia plagada de mitos, todos muy útiles para cohesionar la nación.

Desde *La Araucana* en el siglo XVI, el drama y la lucha, el sacrificio, el dolor, los hechos atrevidos, audaces y temerarios, protagonizados por sujetos valientes, intrépidos, por héroes insuperables, desafiados por guerreros indomables, han contribuido a dotar de contenido a la nacionalidad, el gran proyecto estatal del siglo XIX.

Una manifestación elocuente de que lo épico debía formar parte del proyecto nacional está en las circunstancias en que se generó la primera historia de Chile, la monumental *Historia física y política de Chile* que el naturalista francés Claudio Gay escribió por encargo del gobierno chileno a partir de 1839, dando origen así a la historiografía chilena, cuyos detalles hoy conocemos gracias a los estudios que desde la historia social

de la ciencia se han hecho sobre las prácticas científicas en el Chile decimonónico, y en los que queda acreditado que en la primera mitad del siglo XIX la historia se entendió como política. Tal vez como siempre, pero entonces sin complejos ni contrapesos, como por lo demás ocurrió también en otros países en formación.

El impulso vino del ministro de Culto e Instrucción Pública, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido entonces en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana en enero de 1839. Alentado por el éxito militar y estimulado por el entusiasmo popular y el fervor patriótico, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la gloria en los campos de batalla. Como ha sido estudiado recientemente, la gesta también mereció además himnos que ponderaban al roto chileno; sentidos y emotivos acordes de la patria que alimentaron el imaginario nacionalista y la memoria colectiva en el siglo XIX.

Frente al encargo, la primera reacción de Gay fue preguntar si acaso el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo del historiador y de la historiografía nacional cuando aseguró que ciertamente ese aporte era algo, pues la guerra de Arauco durante casi tres siglos hirió aquí de muerte el concepto imperial castellano. Había sido en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América, Chacabuco y Maipú, y el país era el único organizado que existía en esos momentos en América, sometido a un régimen político y respetuoso de su sistema republicano.

La noción sobre la excepcional trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las élites de la década de 1830, aun antes de que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad que apreciaban en el contexto local e internacional existente, y que estas vivieron intensa y dramáticamente, como lo demostraban su participación en la Independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación. Era el caso de una sociedad marcada en la época colonial por la marginalidad, el aislamiento y la pobreza que, desde temprano luego de la Independencia, comenzó a ponderar los que se apreciaban como logros extraordinarios, la estabilidad y el orden republicanos, en medio de una América convulsionada.

Como se le hizo saber a Gay, escribir “la” historia de Chile era una necesidad nacional, pues la ponderación de la evolución luego de la Independencia, apreciada como notable y gloriosa, épica en verdad, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. La urgencia de constituir una comunidad imaginada, entre otros medios mediante la invención de una tradición, en el sentido de —por medio del conocimiento histórico— dar continuidad a la nueva realidad republicana con un pasado que fuera adecuado, exigía contar con una historia de Chile. Pero no cualquier historia, pues el gobernante había precisado con claridad, realmente decidido en nombre del Estado, es decir, de las élites, cuál sería el conocimiento útil para este. Un saber plagado de mitos que antecedió a la historia, que de este modo en ocasiones se expresa en una historiografía que tiene más el carácter de propaganda del Estado chileno y su obra, que de relación y comprensión de la trayectoria de la comunidad de la que forma

parte. Que es el objetivo de los estudiosos que ahora, y desde hace ya tiempo, abordan el siglo XIX.

Si la propensión a exaltar caracteriza la historiografía de prácticamente cualquier nación, en el caso de Chile, y por las que podrían considerarse “razones de Estado”, se expresa en glorificar, transformar en épico, dramatizar —ponderando— hechos o acciones potencialmente constitutivos de lo nacional. Claudio Gay no sólo lo comprendió, sino que actuó en consecuencia al abordar el pasado chileno concibiéndolo como una progresiva aproximación a la situación existente en la primera mitad del siglo XIX. Organizó su material de tal modo que el pasado, siempre comparado con el presente, resultó menoscabado ante la obra realizada una vez lograda la Independencia y organizada la república, una verdadera epopeya que la historia debía relatar.

Así, no sólo la Independencia se transformó en el hito fundante, hoy objeto de revisión; lo épico, en el sentido de lo heroico, memorable y glorioso, quedó íntimamente relacionado con lo histórico y con la evolución de Chile como sociedad, resultado de lo cual “todo aquello” que no validara esa perspectiva no importaba para la historiografía. Basta leer los títulos de los libros que enumeramos más adelante, cuya lista recomendamos revisar incluso antes de continuar la lectura de este ensayo, para darse cuenta de que ese “todo aquello”, es lo que hoy interesa. Y si son esos temas los que hoy ocupan a los historiadores, se comprenderá por qué la historia en Chile no es lo mismo que “la” historia de Chile. Con todas las consecuencias de este cambio que nos esforzamos en señalar.

Aunque los chilenos tenemos motivos para sentirnos complacidos de una evolución histórica que de todas formas,

pese a sus estallidos de violencia y al abuso estructural en muchos ámbitos, comparada con otras muestra crecientes grados de integración de cada vez más sujetos al sistema; en la que tal vez la sola existencia de la república, del Estado y de la nación, y hoy de su estabilidad institucional y sostenido crecimiento económico, pueden ser esgrimidos también como demostración de su éxito como comunidad; lo cierto es, sin embargo, que esta historia, tan estrechamente relacionada con el Estado y la nación, con lo público e institucional, concebida casi como pedagogía cívica, ha dificultado también conocer y comprender algunos hechos que también han condicionado y caracterizado su desenvolvimiento como comunidad.

Ha sido la historiografía de los últimos veinticinco años la que ha contribuido, tal vez más que en ninguna otra época, a complementar y en ocasiones a cuestionar las nociones más arraigadas sobre la trayectoria histórica de esta realidad natural y social nombrada Chile desde épocas inmemoriales. Esta producción ha aportado conocimiento e interpretaciones respecto de aspectos esenciales para la población como la salud y la educación, o identificado comportamientos, sentimientos y expresiones que reflejan formas de relación social, todas las cuales no aparecen tan edificantes como la valorada trayectoria institucional o la macroeconomía en las últimas décadas. Con ello se ha demostrado que no existe una sola historia de Chile y que la heterogeneidad, incluso en lo poco edificante, también es propia de esta comunidad.

Con explicaciones que permiten ir más allá de lo público, adentrándose en la cultura, mentalidad, comportamientos colectivos y autorrepresentaciones, o bien ampliando el marco temporal del análisis histórico, se han propuesto claves que dan cuenta de la resistencia de los actores a comportarse según

el papel que previamente se les había asignado, a rebelarse y poner en entredicho la supuesta trayectoria excepcional que se les ha atribuido, por ejemplo, olvidando su calidad de ciudadanos capaces de vivir plenamente los valores republicanos, tal como ocurrió con el golpe de Estado en 1973. Así se hace evidente que las continuidades históricas también existen más allá de esos dos “monstruos”, creados y creadores de modernidad, que son el Estado y la política, y que deben buscarse, por ejemplo, en elementos de la existencia ordinaria de los chilenos a lo largo de su historia.

Entre la historia y el tabú

Desde que prácticamente existe historia de Chile, esta ha sido instrumento de celebración y una instancia para dar rienda suelta a la complacencia por nuestra trayectoria. El discurso es reiterativo y no es preciso detenerse en él, pues su contenido quedó fijado y avalado por la historiografía que se produjo sobre Chile en el siglo XIX. Desde siempre, sinónimo de historia de Chile pasó a ser la crónica de los sucesos políticos y bélicos, la trayectoria de los políticos y sus obras y las gestas de los militares que se batieron por la libertad, la patria y la nación.

La satisfacción por la evolución nacional que exhiben la mayor parte de los libros de historia de Chile, ha transformado prácticamente cualquier nuevo tema o problema relativo a la historia y a la realidad chilena visto con otros ojos en objeto de reproche, pues todas aquellas visiones que muestran ángulos que cuestionan o critican la idea, imagen o noción que las instituciones o personas tienen de sí mismas, de las demás, o incluso de la trayectoria histórica nacional, potencialmente,

pueden llegar a transformarse en censurables. Incluso, como ha ocurrido con el caso de Arturo Prat, si a un personaje se le humaniza, bajándolo del pedestal, pero haciendo comprensible su gesto, la reacción es inmediata.

Por razones derivadas del prestigio nacional, la imagen del Estado, la nación, los gobernantes o lo que fuera, siempre se ha preferido omitir el aspecto menos edificante de nuestra trayectoria, como si el mismo pusiera en riesgo su existencia y la del régimen republicano, para no mencionar el predominio de los de siempre.

Lo dicho no debe sorprendernos si tomamos en cuenta que durante demasiado tiempo “la” historia de Chile, en lo esencial, ha servido como instrumento de construcción de la república, la nación y el Estado, de donde resulta que a través de ella se han fortalecido instituciones, como las relacionadas con los poderes del Estado, el Ejército o la Iglesia; respaldado trayectorias laudables, ejemplares, prestigiando y legitimando el accionar de los grupos sociales, corrientemente los dominantes, como la élite dirigente; exaltado personalidades de bronce, como los héroes militares, los organizadores de la república y prácticamente todos los hombres públicos: civiles, eclesiásticos y militares.

De este modo, desde sus orígenes en el siglo XIX, el estudio de la trayectoria histórica del país, de una persona, grupo social o institución, más que una explicación de un problema, como se entiende hoy, ha sido concebido como una instancia de afirmación de identidad y de legitimidad; un medio a través del cual obtener poder, autoridad y respetabilidad pública, cuando no privilegios. En este contexto, toda exploración, por justificada que sea, en la historia desconocida de los sujetos o entes, públicos o privados, que constituyen nuestra

sociedad; toda expresión que no cuadre con lo aceptado social y corrientemente, con lo sabido y repetido por todos, o que muestre una debilidad, una flaqueza, un hecho impropio, por muy conocido que este sea, se transforma en tabú en la medida que es apreciado como un ataque, un intento por desprestigiar ante la opinión pública al sujeto o institución objeto de estudio. Ello, pese a que lo planteado se demuestre como cierto y, obviamente, todos declaren su deseo de conocer la verdad hasta el final. ¿Acaso se podría negar que desde 1810 en adelante es posible identificar numerosos intereses empeñados en resaltar sólo determinados aspectos, valores y modelos de nuestra realidad?

Junto con su eficacia como instrumento de construcción de la nación, la historia también sirvió como medio para ponderar la actuación de las élites en la trayectoria nacional, de herramienta para difundir sus objetivos e intereses, como el orden y la estabilidad, y, en definitiva, como mecanismo de control político y social.

¿Por qué cualquier intención o iniciativa por destacar otros modelos sociales, hombres y mujeres de toda condición y características que han tenido también un papel relevante en función de los nuevos temas que aborda la historiografía, resulta la mayor parte de las veces ignorada, cuando no censurada o criticada? Tal vez, precisamente, porque implica subvertir los valores y principios sobre los que se sustenta nuestro orden al, por ejemplo, darle valor a personalidades alejadas de los grupos dominantes, una de cuyas formas de control es el poder para definir lo histórico y sus protagonistas en Chile.

Basta una somera revisión de la producción historiográfica de los últimos veinticinco o treinta años, o la lectura de los

historiadores chilenos frente al Bicentenario, para comprobar las batallas por la memoria que se han dado. Porque si algún mérito tuvieron las celebraciones de los doscientos años de la Independencia es el haber hecho posible un espacio público de debate y ponderación sobre nuestra realidad como sociedad y, en él, la constatación de la existencia de a lo menos dos corrientes para apreciar nuestra evolución histórica: como “memoria feliz” que pondera nuestra trayectoria exitosa, o como “memoria infausta”, que muestra la que se presenta como trayectoria frustrada al no haber sido capaz de crear una sociedad verdaderamente republicana. De este modo, ya no es sólo que la historia de Chile se muestre fragmentada en las múltiples posibilidades que ofrecen la historia social, de género, de las minorías, del movimiento popular o de las regiones, entre otras; también, y según la perspectiva de análisis, que no puede ser evaluada como una evolución excepcional pues, en demasiados momentos y para grandes sectores, sólo representó exclusión, precariedad y dolor.

La historiografía finalmente recoge la realidad del surgimiento de nuevos actores sociales que, una vez instalados como sujetos activos de la sociedad, reclaman también su lugar en la historia; muchas veces en posiciones contrapuestas con los tradicionales protagonistas del acontecer histórico, los grupos dominantes. Se ofrece así una realidad histórica plural, “las historias en y de Chile” tanto como la sociedad actual, y mucho menos edificante que la conocida.

Ejemplo de lo señalado es la reacción frente a esa tendencia a naturalizar la desigualdad y la jerarquía, tan propia de la sociedad chilena y de su historiografía tradicional, a través del estudio de los fenómenos, hechos y condiciones que la han hecho posible y que han llevado a Chile a ser uno de los

países de Occidente con peor distribución del ingreso, mayor desigualdad, segregación y escasa cohesión social.

En el mundo de la globalización, resulta evidente la escasez de trabajos sobre las relaciones internacionales de Chile, sobre la forma en que se constituyó su territorialidad y sobre sus fronteras y conflictos internacionales, entre otras materias ausentes de la producción historiográfica sobre el siglo XIX. Otro tema “delicado”, tanto como para que los archivos oficiales estén, parcialmente quisiéramos decir, restringidos para los investigadores.

Esta situación no sólo impide conocer y explicar hechos y procesos fundamentales, también implica una seria limitación para comprender y abordar de una forma más dinámica y constructiva las relaciones con nuestros vecinos. Tal vez su existencia habría impedido que el canciller, por lo demás siguiendo una línea ya antigua, aunque ahora colocando en palabras y sin eufemismos la posición de Chile, declarara que está cerrada para siempre la posibilidad de entregar una salida al mar para Bolivia con soberanía; o que el canciller del gobierno del presidente Piñera señalara que los tratados son intangibles y no se tocan y que, por lo tanto, no hay nada que discutir. Temas sobre los cuales en Chile hay muchas declaraciones que rozan el chauvinismo, pero no estudios que aporten antecedentes. Entre otras razones por la verdadera censura a que están sometidos quienes, por ejemplo, se aventuran a publicar un mapa de Chile, histórico o no, los que deben esperar, rogando en ocasiones, que la Dirección de Fronteras y Límites que autorice su edición, independiente de si el asunto está o no entre sus atribuciones, pues ya es una práctica aceptada.

El fin de “la” historia

Una de las características que se han atribuido a Chile está el de ser un “país de historiadores”. La existencia de numerosas historias panorámicas puede ser el origen de esta afirmación que se basa en una tradición historiográfica relativamente abundante por el número de obras y, también, en su extensión y éxito comercial. Aunque tal vez sea la necesidad de afirmación nacional en el siglo XIX, y de explicar la crisis institucional en el XX, lo que explique el fenómeno. Pues bien, en los últimos veinticinco años se observa una notoria evolución en la materia.

Entre las obras generales recientes están la que hizo del pueblo chileno su protagonista y expresión de los procesos y estructuras sociales; la que buscando explicar las crisis sociales e institucionales se ocupó de la pérdida de los consensos y sus manifestaciones en el siglo XX; y la “general”, que busca identificar ejes o sentidos de la historia de Chile en las manifestaciones literarias, poéticas, intelectuales y culturales como el mito y la leyenda.

Es imposible obviar, entre otras cosas porque refuerza nuestro argumento, que tres de las “magnas” historias de Chile no culminaron, o bien hace ya años que no aparece algún volumen de una de ellas, lo que refleja la dificultad de materializarla. ¿Será que se trata de iniciativas que nacieron “atrasadas” en relación a las tendencias historiográficas y sus autores, agudamente, las terminaron apreciando como empresas condenadas a la indiferencia? De hecho, por ejemplo, el pueblo hace rato mudó en actor social, sociedad civil y otros conceptos; la inexistencia de consensos y de certezas es una característica de nuestra época y, en la postmodernidad, ¿qué

puede ser “general” o tener “sentido” como eje orientador unívoco, cuando la heterogeneidad es lo valorado y la pluralidad de sujetos y paradigmas es el objeto de interés historiográfico? Cómo, por ejemplo, podrían atender o haber atendido estos autores al llamado “¡...*Escucha, Winka...*”, otra expresión de la pluralidad historiográfica reciente expresada en el afán por ofrecer una historia nacional mapuche¹⁰. Tal vez nunca lo sabremos.

“La” historia de Chile, ahora tradicional y tal vez imposible por sus pretensiones en una época de fragmentación y fortalecimiento de lo particular, único y singular, ha sido de alguna manera suplida por trabajos de síntesis e interpretativos que mostrando un panorama, una noción de lo que ha sido la evolución histórica de esta comunidad, lo hacen desde una perspectiva de autor, valorando, resaltando, resumiendo y glosando, en ocasiones, la larga experiencia y las obras que como investigadores tienen algunos de sus autores. Entre ellas se encontrará la visión panorámica republicana centrada en la historia política; la que la explica como legado del capitalismo hispánico, incluso para fines del siglo xx; la que presenta la antes historia del pueblo, ahora como chilenos; el compendio que contra la corriente, y la evidencia, restringe la historia a

¹⁰ Los estudios sobre los hoy llamados pueblos originarios, antes indios (entre ellos los mapuches, antes araucanos), han tenido un indudable y analítico desarrollo en las últimas décadas. Con trabajos desde las más diversas perspectivas, sobre todo antropológicos y etnográficos, pero también históricos, arqueológicos y literarios, su análisis merece un texto particular. Nosotros nos limitamos a ofrecer algunos de los títulos esenciales que dan comienzo a esta verdadera “escuela” que en definitiva aborda las formas, características, prácticas, protagonistas y consecuencias del contacto hispano-indígena original.

sólo cinco siglos de historia; y la “contemporánea” y desde la historia social.

La última, con dispar resultados según el tomo de que se trate, aborda problemas históricos como el de la organización y legitimidad política y ciudadana; la identidad y expresiones de los actores sociales protagonistas del acontecer histórico; la vulnerabilidad estructural de la economía chilena, con las consecuencias previsibles para el desenvolvimiento y condiciones de vida de la gran mayoría de la población; la construcción histórica de lo masculino y femenino y la experiencia de la niñez y la juventud en Chile, todos temas inéditos en una historia sobre Chile y sin duda un aporte, aunque presenten más el carácter de monografías reunidas para la ocasión que de conjunto.

El 2014 se publicó también una historia mínima de Chile como parte de una serie de circulación internacional. En ella se explican los procesos esenciales que han dado forma al desenvolvimiento histórico de Chile. Lo que tal vez se logra. Pero también ofrece interpretaciones que complementan, y en ocasiones cuestionan, las nociones más arraigadas sobre esta trayectoria histórica. Es decir, lo que en este ensayo se presenta en función de la historiografía sobre el siglo XIX chileno, en el compendio está aplicado a la historia de esta comunidad. Logrado o no, ya proponerlo abiertamente resulta un signo de los tiempos.

Por último, también están los trabajos en las obras que aluden a Chile en el contexto de la historia de América Latina, ya sea como un caso particular o como ejemplo de estructuras supranacionales, coyunturas históricas de la región o procesos y períodos generales, diluyendo así una historia hasta ahora demasiado local. Otra manifestación del mundo que vivimos.

La memoria del golpe del “73” y la historiografía

La época de la Independencia y de la organización republicana ofrece novedades, lo que no es poco considerando que es una de las más estudiadas por la historiografía chilena. En los últimos veinticinco años se han escrito desde monografías a textos generales que abordan los más diversos aspectos del fenómeno y del período que se inicia en 1810 y que los estudios ahora prolongan hasta bien entrado el siglo XIX según el tema de que se trate. La enumeración de algunos de los asuntos que tratan, junto con la rápida caracterización de la visión que se resiste a perder protagonismo, bastará para ejemplificar algunos de los nuevos planteamientos y apreciar el esfuerzo realizado.

Para comenzar, la constatación de que la Independencia no fue un fenómeno absolutamente desvinculado del antiguo régimen, y que en él se confundieron tradición y reforma, pero también tradición y modernización, y que entre sus componentes esenciales están las nuevas formas de representación y las tecnologías de la comunicación para la propagación del ideario independentista y republicano. También que el fenómeno tuvo su contrarrevolución, y que el pueblo se mantuvo en lo esencial indiferente, pero no totalmente ajeno. Que incluso tras las fechas elegidas para las conmemoraciones patrióticas hubo rencillas e intereses políticos o, tal vez más importante, que se cambiaron derechos políticos, los que quedaron reservados sólo para la élite, por pertenencia a la nación, la cual acogió a todos, incluso al pueblo; aunque el proceso pasara de la inclusión a la exclusión para los pueblos originarios. También que la preeminencia de Santiago tuvo sus contratiempos, pues Concepción discutió el

poder con la capital. Que la élite, siempre guiada por figuras que imprimieron su sello, mostró una pasión por el orden indiscutible, y que la organización republicana no puede ser atribuida a una sola personalidad y que en definitiva Portales y su obra institucional es una falsificación histórica, aunque no la realidad social y política que interpretó como líder de la élite. Es decir, que el “peso de la noche” efectivamente funcionaba y el grupo dominante se apropió del Estado sin contemplaciones, confundiendo incluso, junto con sus intereses, con este.

Pendiente permanece identificar y caracterizar a la tan mentada élite, aun cuando haya cada vez monografías sobre individuos pertenecientes a ella, entre ellos la figura central que fue Andrés Bello, o bien sobre las formas en que actuaron y se condujeron pública y privadamente, incluso porque se divorciaban o sus prácticas de piedad y caridad, o bien, las estrategias que utilizaron para asegurarse el poder. Trabajos sobre la política y las ideas tras la construcción de la república, política y secularización, imaginario nacionalista, polémicas y política, formas de sociabilidad, expansión del sufragio, incluso los símbolos y acordes que la patria precisaba para transformarse en nación, entre ellos una historia hecha a la medida de su autorrepresentación, intereses y objetivos políticos, están entre los temas de estudio de las últimas décadas.

Sin embargo, creemos que fueron los doscientos años de la Independencia, y los veinte, treinta y cuarenta años del golpe militar, con la detención de Pinochet incluida, los que más huella dejaron en la producción historiográfica. Entre otras razones, por la exposición mediática que las fechas trajeron consigo y la posibilidad de encarar nuestro pasado libres de gran parte de las restricciones, mitos y condicionantes que

le daban forma. De alguna manera, la historiografía se vio compelida a abordar los temas desde perspectivas diferentes, más amplias, menos convencionales desde que, por ejemplo, *The Clinic* fue capaz de analizar y describir el presente sin eufemismos, llamando dictadura a la dictadura y dictador al dictador. Si la opinión pública leía, se escandalizaba, se sorprendía y se congratulaba, porque finalmente se comenzaba a encarar la realidad; si conoció en la televisión a través de superproducciones la dimensión humana, pasional, sexual, de los héroes de nuestra comunidad; y eligió, para sorpresa y disgusto del *establishment*, a Salvador Allende como “el gran chileno de nuestra historia”, ¿cómo seguir con la historia de siempre?

La detención y procesamiento de Pinochet, la “explosión de memoria” producida en torno a 1973, la elección de la primera mujer Presidente de la República, la globalización y seguro muchos otros hechos, fenómenos y procesos, entre los cuales el cambio de la sociedad chilena no es de los menores, condicionaron la forma de mirar nuestro pasado. Incluso al punto de que en medio de las celebraciones del Bicentenario de la Independencia, y provocados por la reiteración anual del 11 de septiembre y la contradicción que el golpe supone para la valorada trayectoria republicana de Chile inaugurada en 1810, hasta el hito fundante comenzó a ser revisado. Por ejemplo, a partir de su estudio como fiesta patria y base de la memoria histórica nacional.

La primera constatación es que se trata de una ojeada desde el presente hacia el pasado que es la Independencia y sus protagonistas, y no una huida hacia el pasado para continuar idealizándolo y con ella nuestra trayectoria como comunidad. Es una mirada hacia un fenómeno que ya estaba

prácticamente petrificado, generador de héroes y modelos sociales que han devenido en verdaderos fósiles que han impedido la identificación, el conocimiento y el protagonismo de nuevos modelos y valores sociales, más acordes con la trayectoria nacional del siglo xx, marcada, entre otros hechos, por una férrea dictadura a la cual se enfrentaron muchos que también merecerían su ingreso en el panteón de la república por, entre otras causas, haber actualizado los principios republicanos que, supuestamente, se celebran a propósito del 18 de septiembre de 1810.

Aunque el dieciocho y los significados tradicionalmente asociados a él se resisten a perder protagonismo; y, año a año, casi desde 1811, se repiten una y otra vez los discursos, imágenes y metáforas que hacen de él y sus actores principales los únicos referentes válidos e inamovibles de la sociedad chilena, también apreciamos las perspectivas que se preguntan sobre ¿cuánto de republicano, democrático e igualitario tiene la memoria del 18 de septiembre? ¿Cuál es el sentido de su celebración? Más todavía, valoramos que a lo menos se insinúe que, tal vez, tanto como para crear un sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional, el dieciocho también ha sido, y sigue siendo, utilizado para legitimar un determinado orden político y social; para justificar el predominio de un sector de la sociedad; para tratar de frenar y retardar la existencia de una sociedad más plural, igualitaria y democrática, una de las aspiraciones esenciales de, se repite a veces contra la evidencia, los chilenos del siglo xx. Algunos, incluso, hemos concluido que los significados atribuidos a la Independencia y sus celebraciones funcionan como verdaderas cadenas que contienen a la sociedad chilena. No la matan, pero dificultan su pleno desarrollo hacia una

sociedad más plenamente republicana. Corroen, mellan, laceran y debilitan las supuestas aspiraciones libertarias e igualitarias que, se ha sostenido reiteradamente, estimulan el desenvolvimiento nacional.

Como ha sido asentado por la historiografía, Chile fue organizado “desde arriba”, preservando la élite su papel dirigente, ahora comprendemos, viéndose en la necesidad de mudar el control social de hecho que ejercía sobre el pueblo en la colonia, en legalidad republicana. En este proceso, las celebraciones patrias también cumplieron su papel; en especial si se tiene presente que a través de la creación de una identidad colectiva, o sentimiento nacional, se disimuló la incoherencia que ofrecía un sistema político que, una vez organizada la república, estuvo en ocasiones muy lejos de la soberanía popular y de los principios republicanos. A cambio de la materialización de la república, la élite conformó al pueblo haciéndolo partícipe de la nación. Y los estudios nos muestran que por lo pronto hubo una contrarrevolución a la Independencia, que la construcción del Estado desechó la democracia de los “pueblos” y vio aparecer el militarismo ciudadano y el golpismo oligárquico, y que en la construcción social de la comunidad hubo unos más chilenos que otros.

Además de la opción por una celebración que evocaba un acto civil, como el Cabildo Abierto, en desmedro de uno militar, como la batalla de Maipú, creemos que la inclinación de la élite por el 18 de septiembre como única fiesta conmemorativa de la gesta patriótica separatista tiene que ver con el afianzamiento de la Independencia como hito esencial del Chile que nacía a la vida republicana. Fenómeno potenciado con la llegada y consolidación en el poder de los sectores conservadores a fines de los años de 1820. La

Independencia, una obra de la élite criolla, se transformará en el momento fundante de una trayectoria que en los años de 1830 ya se vislumbraba exitosa, como lo mostraba “la” historia de Chile que entonces comenzó a escribirse. De este modo, las circunstancias del momento, la apreciada estabilidad institucional de Chile en el contexto de una América sumida en caudillismos, militarismos, asonadas y dictaduras, también tuvo su papel en el proceso de relevar el 18 de septiembre como única fiesta conmemorativa de la gesta separatista.

Si se considera que el festejo oficial tiene entre sus propósitos reafirmar un determinado orden social, no debe sorprender que a través de las fiestas de Independencia se pretendiera también conservar la realidad existente, en especial en lo relativo al predominio de la élite gobernante. En este sentido, la fiesta nacional también da cuenta de las jerarquías presentes al interior de la sociedad al consolidarse la celebración de un suceso en el que sólo le cupo participación al sector dominante. La fiesta oficial seleccionada, gracias al significado que se le atribuye y a su persistencia como rito anual, se transforma así en un formidable medio, verdadero instrumento didáctico, de control social, entre otras causas gracias al mensaje simbólico que se transmite a través de ella. En el caso de Chile, asociado al papel de la élite en el desenvolvimiento nacional, desde la Independencia en adelante, y al éxito institucional, social y material de su obra. Así por lo menos lo dejaba ver “la” historia de Chile que, en especial, valoraba el orden que exhibía la república. Orden y estabilidad que pasaron a ser un requisito de existencia del nuevo Estado, y para cuya preservación las fiestas patrias eran un instrumento.

Todo lo dicho no debe llamar la atención, pues el poder de las élites en Chile, en ocasiones, ha resultado de tal manera preponderante que, incluso, han logrado transformar sus intereses y objetivos en propósitos de carácter nacional. Así, por ejemplo, y para no aludir a la historia reciente del país, se puede apreciar a propósito de la Guerra del Pacífico, la principal contienda internacional en que se ha involucrado a Chile.

Como ha sido cabalmente demostrado en un documentado texto, fue la clase dirigente la que en medio de una crisis económica de magnitud desatada a mediados de la década de 1870 incentivó una política de confrontación y de expansión territorial como salida más viable a la encrucijada, presionando para incorporar el salitre al patrimonio chileno como una solución permanente a la coyuntura crítica. El papel de los empresarios y de los políticos, “o de los políticos-empresarios”, fue determinante en “la creación y difusión de una demanda que, originada en el interés privado, en un breve lapso adquirió la connotación de tarea nacional”. El estudio de los orígenes del conflicto demuestra que, “en realidad, no existían mayores diferencias entre el interés del país y el de la clase dirigente”. La conclusión, creemos, puede ser aplicada a muchos fenómenos y hechos de la historia en Chile.

Una de las formas de apreciar los aportes que la historiografía reciente ha hecho, también al conocimiento del siglo xx, es comprender contra qué, o mejor dicho, qué tipo de conocimiento viene a complementar, desmitificar y, por supuesto, combatir.

La narración pormenorizada de los acontecimientos y hechos que dan forma al movimiento separatista criollo, la identificación de los sujetos que forman parte de él, el relato de sus actos y gestas militares, la mención de sus sacrificios por

la patria, la glosa de los documentos jurídicos que delinear el régimen republicano, entre muchos otros elementos de naturaleza esencialmente política, jurídica y militar tan propias de épocas como la de la Independencia, es lo que en Chile casi siempre se ha entendido por saber histórico desde que Claudio Gay compuso su obra sobre Chile.

Lo anterior no es una realidad inocua, pues la concepción tradicional de la historia que ha prevalecido habría contribuido a la mayoritaria aceptación del autoritarismo que nos afectó violentamente entre 1973 y 1990. Una historia que a generaciones de chilenos les mostró que el centro de la evolución histórica era la lucha política; que los gobernantes hacían la historia; que las etapas que se sucedían no tenían solución de continuidad y que cada gobierno partía de nuevo, pues la obra del anterior no era reconocida; junto con la valoración del orden y del consiguiente autoritarismo que lo hacía posible que la historia tradicional ha privilegiado, explican lo que afirmamos. Todo sin perjuicio que las reformas estructurales, comenzadas en 1964 y profundizadas a partir de 1970 por Salvador Allende, afectaron la situación y los intereses de los grupos que, la historia había enseñado, eran los que naturalmente predominaban.

Fueron estas nociones, tan arraigadas entre nosotros, las que facilitaron la recepción del régimen autoritario y la prolongación de una dictadura que tuvo en sectores de la élite chilena sus más entusiastas partidarios y beneficiados más afortunados. ¿Acaso podía resultar extraña la aparición de un gobierno cuyo propósito esencial era borrar el pasado y refundar el país? ¿De un líder dispuesto a hacerlo, entre otras cosas, eliminando los vestigios de un pasado que se estimaba viciado?

La fragmentación de la historia¹¹

La producción existente sobre el siglo XIX se expresa en obras de los más variados temas, protagonistas y campos de acción, siendo otras de sus características que muchas de las nuevas perspectivas historiográficas aplicadas a Chile y sus componentes se han materializado en trabajos en los que participan numerosos autores. Libros colectivos, la mayor parte de las veces la introducción de una visión, asunto u objeto de estudio, transformados rápidamente en referencias ineludibles pues ilustran sobre un aspecto original o poco estudiado, que se aborda casi siempre para más de una etapa histórica.

Ahí están los trabajos sobre la cultura chilena en sus más diversas expresiones; los estudios sobre la historia del arte y la pintura, aunque todavía demasiado ligados a la perspectiva academicista; la historia social y urbana, por ejemplo de Santiago y de una que otra ciudad, un ángulo que todavía admite múltiples posibilidades; la historia regional y local, en especial de las zonas extremas; de la narrativa chilena, más ligada a la formación de la nacionalidad que como objeto particular; del ferrocarril, todavía en la tarea de la identificación de los hechos y objetos básicos; de la evolución electoral, incluidas las elecciones presidenciales, olvidada por décadas y hoy motivo de interpretaciones más o menos fundadas, aunque todavía muy “ingenuas”; de la identidad nacional, que descubre cada vez más situaciones y manifestaciones a través de las cuales esta se expresa y se

¹¹ Lo que hoy valoramos para nuestra realidad historiográfica, en otras latitudes y a propósito de otras historias, alguna vez mereció críticas. Véase el libro de François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la “Nueva Historia”*, publicado en 1987.

muestra heterogénea; de las relaciones con Argentina, todavía en una situación muy preliminar para la trascendencia del problema; de la infancia y otras etapas de la existencia, que muestran que no sólo de la actuación de los adultos, varones, urbanos, públicos y heroicos se compone la historia y que los hombres de Estado antes y después de serlo tuvieron otras vidas y condiciones; de la historiografía y otros saberes, todos en una condición inicial, como si el conocimiento y sus expresiones fueran algo imposible de abordar para Chile; de la ecología y de las ciencias naturales, una evidente expresión de que “toda historia es historia contemporánea”; de los estudios sobre los censos y las estadísticas, de la cartografía, de la burocracia y de su evolución, y en general de los instrumentos y mecanismos utilizados para favorecer la gestión pública, sugerentes la mayor parte, aunque todavía muy escasos para la magnitud de la tarea; de la justicia, más bien a través de unos pocos casos emblemáticos que en una visión de conjunto que explique, en su origen entre los realistas marginados por los patriotas de 1810, el oprobioso comportamiento que tuvo durante la dictadura; de la Iglesia en sociedad, más allá de sus instituciones y figuras señeras, actuaciones relevantes o como manifestación de la obra de Dios en esta tierra; de las guerras contra Perú y Bolivia, ahora en un contexto social y político, más comprensivo y menos chauvinista; y, también, la historia de “la naturaleza”, es decir, de la sociedad en su relación con ella, en Chile. Aunque sólo a través de fragmentos, la historia del cuerpo en Chile también ha comenzado a cultivarse, siguiendo, como la historia de la vida privada y la historia de las mujeres, tendencias de notorio desarrollo en Europa.

El cuerpo de los chilenos, por lo demás una “fuente histórica” nunca antes considerada por los estudiosos de la

historia sobre Chile, permite también la constatación a través de la corporalidad de algunas de las hipótesis que sostenemos a lo largo de este ensayo, en ocasiones como voceros de una historiografía revisionista, por lo menos en sus objetivos y sujetos objeto de estudio¹². En efecto, él también contradice la noción de un pueblo chileno como cuerpo social, cultural y físico homogéneo, demostrando que, a pesar de la mezcla étnica, se han mantenido grupos estancos socioetno-genéticos que han condicionado, además, una desigualdad sociocultural propia de la sociedad chilena, cuyas manifestaciones más elocuentes son los sistemas educacional y de salud. La conclusión es que se trata de una estratificación sociogenética que, entre otros factores, explica la segregación social evidente en el país¹³.

También se ha continuado cultivando la historia económica y social, aunque no con el ritmo que amerita una época cuyas manifestaciones se prolongan hasta hoy. Las monografías producidas, por lo general una o un par sobre un determinado tema, se ocupan del comercio, sus prácticas y agentes, nacionales y extranjeros; la sociedad rural chilena; la expansión minera y el desarrollo industrial; las políticas pragmático-proteccionistas aplicadas en la conducción económica; las políticas y teorías monetarias; los bancos y

¹² La violación de los derechos humanos y la persistencia de la demanda por justicia en Chile, situaciones que se suceden una a otra en los últimos cuarenta y veinte años, han transformado al cuerpo, en el que están las huellas, o no están por encontrarse desaparecido, en un sujeto objeto y fuente de la historia. Los sitios de memoria, denominados así a impulsos de los tiempos, son otra expresión de este drama.

¹³ Las víctimas de las violaciones a los derechos humanos, incluso sus victimarios y torturadores directos, son otro elocuente reflejo de la sociedad y su endémica desigualdad.

su papel en el mercado; instituciones como el estanco y la bolsa de comercio; figuras de los negocios y la política, entre ellos mercaderes, empresarios y capitalistas; pero también de los pobres, tanto como problema como sujeto de la historia; el movimiento popular, sus expresiones y formas de organización; los mecanismos de disciplinamiento de la mano de obra, como el azote, el salario y la ley; las fuentes de riqueza como los minerales, las haciendas, las maestranzas y los establecimientos fabriles en general; incluso la industria del vino; el sistema carcelario y los mecanismos de coerción; las exportaciones, entre las cuales las mineras son las principales; el comercio exterior, sus vías y mecanismos; la modernización del comercio; los gustos y estilo de la alta sociedad a fines de siglo; las relaciones y estrategias de reproducción de las familias populares; la vinculación entre poder rural y estructura social; la tecnología aplicada a los ferrocarriles del Estado; las prácticas de caridad y beneficencia de la élite, que de paso muestran las necesidades del pueblo; la salud y la salubridad, las enfermedades y pestes; el desenvolvimiento de la clase media, cuyo estudio recién comienza y, por la trascendencia que se le asigna, merece todavía mucho mayor atención; y los estudios de regiones particulares en relación a problemas como su situación geográfica y política y sus efectos en el comercio.

Problemas y temas relacionados con la vida cotidiana, los sentimientos, instituciones familiares, transgresiones y estructuras sociales y culturales, se encuentran en trabajos que han abordado la prostitución, los espacios de la muerte, el mundo familiar, el delito y la justicia, el divorcio y, también, el vital acto de dar a luz. La mayor parte de ellos todavía centrados en la realidad urbana y santiaguina, aunque la

situación ha comenzado a variar en los últimos años a impulso de la historia local.

El tema, problema la mayor parte de las veces, del salitre y su influencia en la economía y sociedad, ofrece textos fundamentales que se han ocupado de fijar sus principales hechos, hitos y protagonistas; algunas de las etapas de su evolución industrial esencial; la situación e identidad de los trabajadores en la pampa salitrera; la influencia británica en la actividad; y, fundamental, el contexto de la economía a través de índices básicos, como precios y salarios, en el ciclo salitrero.

La cultura, educación, arte y vida intelectual del país en el siglo XIX también ha comenzado a estudiarse sistemáticamente en sus rasgos esenciales a través de trabajos sobre la historia de la educación y de establecimientos fundamentales como la Universidad de Chile o algún museo nacional; pero también la educación primaria y secundaria; los planes de estudio; las prácticas docentes; la producción de conocimiento; el quehacer de protagonistas, aunque todavía los mismos de siempre, como Andrés Bello, Mariano Egaña, Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna; las ideas y corrientes científicas e intelectuales; pero también la prensa, la literatura y la poesía popular.

Junto con la explicación de la expansión del sufragio, o la identificación de las posturas de los partidos sobre la ciudadanía de la mujer, el estudio de prácticas políticas antes ignoradas, como los viajes presidenciales, se ha sumado en las últimas décadas a la comprensión de la historia del siglo XIX, también el de la irrupción de los militares en la política a fines de la década de 1880. La interpretación de la Guerra del Pacífico como una especie de laboratorio para el ensayo político-institucional chileno, es otro de los aportes de la historiografía reciente.

De hecho, la historia de la Guerra del Pacífico ofrece algunos títulos que han complementado las ya antiguas crónicas, explicando sus antecedentes unos, interpretando y proyectando en el tiempo sus consecuencias otros. Temas como el de la imagen heroica, el papel de la mujer, la suerte de los veteranos o los huérfanos que dejó la guerra, han servido para superar las visiones tradicionales. La edición de todo tipo de imágenes, relatos y testimonios de la campaña publicados últimamente, de valor como fuentes, mantienen, sin embargo, un sesgo nacionalista.

Una materia que ha surgido con relativa fuerza en los últimos años es la de la evolución histórica de Chile en relación con la de sus vecinos y con países de América Latina. No propiamente una historia comparada, pero sí un esfuerzo por dar a conocer otras realidades históricas como antecedentes para comprender mejor nuestra propia evolución y, tal vez, sobre todo, apreciar a los demás, en particular a nuestros vecinos. El estudio de la imagen del otro en las relaciones entre Argentina y Chile, el del Estado y la nación en Chile y Brasil, el de la historia que une y separa a Chile y Perú, el diálogo de trayectorias históricas entre Colombia y Chile; y la serie sobre los desarrollos políticos, económicos y culturales de Chile-Perú, Chile-Bolivia y Chile-Argentina, son textos de alguna forma pioneros, verdaderos esfuerzos para comprender desde la historia las trayectorias nacionales de cada uno de los países involucrados y de los conflictos que los han sacudido, y cuyos efectos se prolongan hasta la actualidad.

Los ensayos de ocasión, recopilaciones de columnas de opinión muchas veces, han dado lugar a un nuevo género. El de la pseudohistoria, el ensayo coyuntural que con un par de frases que aluden a la historia, a procesos y estructuras de la

evolución “nacional”, otorgan densidad analítica al texto. Una “historia” muy consumida y digerible por la masa, aunque prácticamente desapercibida para la “masa crítica”, salvo tal vez por su reiterada divulgación a través de los medios de comunicación. Los que así como los encumbraron a la condición de textos indispensables para comprender el Chile de hoy, más temprano que tarde, encuentran la “última novedad” y prescinden de ellos, pasando estos ahora a los estantes de los *outlet* de libros y a la condición de aspirantes a fuente de una futura historia del Chile del cambio de siglo entre el xx y el xxi.

Este último cuarto de siglo ha sido también una época en la que los llamados “giros”, el cultural, el lingüístico, el historiográfico y el reflexivo, entre los más conocidos, han llamado la atención de los estudiosos como las grandes novedades temáticas, metodológicas y teóricas; entre otras razones porque han sido un aporte renovador por la mirada interdisciplinaria que suponen o las posibilidades de análisis que ofrecen de y para la práctica historiográfica. Seguro en Chile también han tenido sus cultores aplicados al estudio del siglo xix, aunque tal vez una de las “novedades” sea el que llamaríamos “giro estilístico”, muy postmoderno por lo demás, y que supone que la forma, el estilo, verdaderamente literario, debe ser una condición indispensable de los escritos históricos, incluso por encima de los méritos de la investigación y el trabajo con las fuentes.

Sus manifestaciones son en ocasiones fáciles de identificar. Libros breves, brevísimos, de factura elegante, minimalistas, verdaderos ensayos, supuestamente agudos, definitivos, aunque en demasiadas ocasiones sólo se quedan en la pretensión por la falta de profundidad analítica, de investigación, de fuentes

y, por lo tanto, de ideas que se sustentan en ellas, mientras por otra parte ofrecen un exceso de “delirio poético” que, como es obvio, son incapaces de reconocer, o bien no ven como falencia. No es casualidad que muchos de ellos sean autoediciones.

Es una vertiente que en ocasiones va en contra de lo que alguien llamó “fisculturismo historiográfico”, es decir, esos libros “morrocotudos” por lo voluminosos, extensos y muchas veces de estilo descuidado.

No quisiéramos creer que también discuten a las indispensables, entre otras cosas porque la practicamos con pasión, recopilaciones documentales, sobre todo cuando se trata de dar a conocer fuentes desconocidas en Chile, dispersas y de difícil acceso. Una tarea que tiene una larga tradición a cargo de servicios públicos y cuya edición ha continuado, ahora también por iniciativa de empresas privadas, gremios, editoriales, fundaciones patrimoniales, universidades y establecimientos educacionales, gobiernos locales, municipios y particulares entusiastas, entre muchos otros actores que también han visto en los documentos que registran el pasado una forma de reafirmar su identidad.

¿Acaso alguien podrá creer que los relatos de los naturalistas, las fotografías, los grabados, las colecciones de pinturas, monedas y sellos, la cartografía, la correspondencia, las partituras, los símbolos patrios, un álbum de vanidades, las libretas de los exploradores, los diarios de vida, las autobiografías y las memorias, las postales, las tarjetas de visita, la gestualidad, las palabras, las traducciones, las especies naturales, el paisaje, los avisos, los escritos de sujetos comunes, la pampa escrita o el poemario de Tarapacá, los informes de los visitantes de las escuelas fiscales o los que dan cuenta

del sistema penitenciario y, también, la correspondencia de los internos de la casa de orates que nunca se despachó, entre muchas otras fuentes de divulgación reciente, no son un aporte para el trabajo del investigador?

La variedad de trabajos e iniciativas documentales sobre el siglo XIX en Chile ha tenido como consecuencia la ampliación del concepto de documento, pero también la confirmación de que las fuentes son condición del conocimiento original y de una interpretación plausible y convincente. La poesía popular, la caricatura, la fotografía, la cartografía, las partituras, los usos y costumbres, las manifestaciones artísticas, los índices de precios, los juicios de divorcio, las formas de caridad, las emociones, las sensibilidades, los afectos, las enfermedades, los placebos, los partos, estadísticas vitales, las máquinas, los instrumentos, las técnicas y las profesiones, la oratoria, las prácticas políticas, las ceremonias, los ritos, los viajes y su arquitectura, las exploraciones, la flora y la fauna, los pasos cordilleranos, las traducciones, el idioma y la ortografía, la gastronomía, las recetas y banquetes, son sólo muestras de la dilatación que la historiografía promueve.

En efecto, entre las consecuencias de la producción historiográfica de las últimas décadas, incluida la relativa al siglo XIX, está el haber contribuido a dilatar lo considerado histórico y, sobre todo, correr el velo y atreverse a profundizar en la realidad, social e institucionalidad nacional de un siglo que culmina con una guerra civil.

La historia reciente, la dictadura y la sistemática violación de los derechos humanos que la caracterizó, la necesidad de conocer los hechos ocurridos, las voces que rompen el silencio y ofrecen su testimonio, la justicia en la medida de lo posible para las víctimas y la impunidad de muchos, impactan

también en una historiografía que al ocuparse del siglo XIX con estas realidades como hechos del presente muestra ahora la arquitectura autoritaria que entre otras medidas incluyó persecuciones y todo tipo de arbitrariedades, pero también “perdonazos” y amnistías para promover el olvido de los hechos repudiables y favorecer la reconciliación política, aunque ella haya sido muchas veces, y a pesar de lo que la historia haya sostenido, sólo un espejismo, una representación de lo que efectivamente queremos ser. Pero no en el pasado, sino que en el presente que nos toca vivir.

La identificación, puesta en valor y estudio de obra de los científicos, profesionales y técnicos que con sus trabajos han dado a conocer Chile y sus recursos humanos y naturales, contribuyendo a delinear nuestra realidad y promover el crecimiento y el desarrollo económico-social, pero también advirtiendo sobre las graves carencias y problemas existentes en diferentes momentos y etapas de nuestra historia, ha sido otro de los temas con desarrollo historiográfico en las últimas décadas.

La mayor parte de las veces desde la historia social de la ciencia, y por lo tanto con la atención puesta en las prácticas científicas y en los contextos en que se desenvuelven quienes han hecho ciencia en América meridional. Su estudio ha permitido apreciar la evolución de la ciencia imperial a la nacional, pero también de la historia natural a la nacional. Dilatando temporalmente de paso procesos que un siglo, el XIX, se hacía demasiado estrecho para contenerlos y explicarlos, pues sus orígenes se hunden en el XVIII.

Diversos autores han sacado del anonimato la obra de naturalistas y exploradores como Gay, Darwin, Domeyko, Philippi, Amado Pissis, Carlos Reiche, Hans Steffen,

Guillermo Cox y muchos otros que hicieron de Chile el objeto de su curiosidad. Incluso de Humboldt quien, aunque jamás visitó América meridional, constantemente alude a ella en sus obras, en particular en el *Cosmos*, su ensayo de una descripción física del mundo, recientemente coeditado por primera vez de manera íntegra en español por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. En otra tendencia propia de los tiempos, han sido los trabajos en el contexto de grupos de investigación de historia de la ciencia internacionales, interinstitucionales e interdisciplinarios, lo que ya tienen una trayectoria de años y se expresan en eventos y publicaciones académicas, los que han generado la posibilidad de formar parte de una empresa editorial de trascendencia, a lo menos en el ámbito iberoamericano.

El vigor de esta perspectiva, que también incluye estudios y reediciones de obras de Alejandro Malaspina, Charles Darwin y Robert Fitz-Roy, tiene una expresión elocuente en los cien volúmenes de la colección *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*. Una iniciativa que respondiendo también a una vocación cada vez más practicada entre los investigadores, reúne y articula distintas entidades, personalidades, estudiosos, ciencias, conocimientos, técnicas, profesiones, saberes, capacidades, geografías y temporalidades en el afán por comprender nuestro desenvolvimiento histórico y formar parte de un problema de amplias perspectivas, la Ciencia-Mundo.

En la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* se reúnen libros con las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema

socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que se han debido enfrentar. Una serie no sólo destinada a dar a conocer una perspectiva indispensable, y con ella un conocimiento imprescindible sobre Chile y la evolución de sus componentes, también orientada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social. Una colección, además, que se ofrece al sistema educacional como un medio atractivo y novedoso para la formación de los estudiantes en valores como los del trabajo científico, técnico y profesional, así como en los del estudio, la investigación y la exploración. Otros tantos objetivos que la historia, como saber, enseñanza y herramienta para la gestión cultural, también ha comenzado a abordar sistemáticamente, reflejando de paso otra de las características de la historiografía nacional reciente, la que no sólo se expresa en investigaciones y textos, también en orientaciones programáticas en los institutos de historia, incluso en el currículum escolar.

Uno de los méritos de la historia social de la ciencia es la de hacer de Chile y su situación un problema que permite superar las fronteras nacionales, que siempre lo han constreñido, como también la cabal comprensión y ponderación de su trayectoria. El paso de científicos por América meridional, incluido el extremo austral, los temas que abordan, las descripciones y comparaciones que hacen, el estudio de la naturaleza local en la perspectiva de la ciencia y las clasificaciones generales, y las teorías, métodos e instrumentos científicos que ponen en práctica, sitúan lo ocurrido en Chile, que la historiografía tiene muchas veces por único e inédito, como parte de un

conjunto, un proceso de reconocimiento mundial que también alguna vez se expresó aquí.

Esta temática ha hecho posible también que los estudiosos radicados en Chile, nacionales o no, comiencen más sistemáticamente a investigar y escribir sobre temas vinculados a otras realidades geográficas e históricas, pues las prácticas científicas abarcan los más diversos escenarios, épocas y situaciones potencialmente objeto de atención de la historia. Una tendencia que gracias a la creciente presencia de estudiantes de posgrado chilenos en centros universitarios extranjeros permite suponer que, en el futuro, lo que hoy es una excepción, mañana será una más de las características de la historiografía producida en Chile.

Hay casos en que desde perspectivas como la historia de las mentalidades, para identificar los parásitos sociales del porfiriato, tan marginados como los chilenos considerados transgresores en la misma época; o desde la historia cultural para tratar el tema de las identidades, como el estudio de los alemanes en Chile y los chilenos en Alemania en el siglo XIX, o atendiendo a los factores socioculturales como el trabajo sobre la gente decente de Lima en los albores de la república, los autores han pasado de actores chilenos al comportamiento e intereses de sujetos distantes. Se trata de una historiografía que va mucho más allá de las esencias nacionales y que en estos casos se preguntan por las formas de discriminación social, el sentido del viaje como experiencia universal o el papel de la prensa, la justicia y los conflictos como mecanismos de poder.

Acostumbrados a que la historiografía sobre las naciones de América Latina identifique la trayectoria histórica de cada una de las repúblicas como el elemento esencial para formar el “carácter” nacional, la invitación que hace años

se nos hizo, “ven conmigo a la España lejana”, resultó extraordinariamente refrescante y un ejemplo francamente estimulante, absolutamente vigente hoy, lo que explica su mención. El trabajo sobre los intelectuales norteamericanos que iniciaron el estudio sistemático de los temas hispánicos en el siglo XIX, es una obra que trata de la definición de lo nacional a partir del conocimiento y el contraste con los “otros”. Otro problema de evidente interés en las últimas décadas.

En tanto historiografía, la obra además ofrece diversas formas de historia: de la historiografía, de las ideas, de la cultura e intelectual, entre otras, todas al servicio de una explicación mayor relacionada con la formación de la nación. Mientras que desde una perspectiva metodológica ofrece una forma de trabajo impecable que muestra el estado del arte, identifica las fuentes, las ordena, clasifica, estudia e interpreta, a propósito de un problema histórico que busca ser comprendido. Por último, el trabajo tiene una dimensión social que la hace particularmente recomendable, pues no sólo ofrece una elocuente muestra del valor de la “historia como experiencia” para una sociedad, sino que, además, aborda asuntos y problemas de gran actualidad, como son los relacionados con las redes intelectuales, la globalización y las influencias recíprocas en relación con la “historia local”, la visión y comprensión del otro, y, por último, pero no menos significativo, los mecanismos de expansión imperial.

La memoria visual y cartográfica

Si hay un aspecto de extraordinario desenvolvimiento en las últimas décadas es el de las investigaciones sobre fotografías, grabados, ilustraciones, cartografía y otros soportes en los

que aparezca una versión gráfica de Chile, sus habitantes y componentes naturales y materiales. Esta verdadera “memorial visual” se expresa en numerosas publicaciones con reproducciones que, a diferencia de otras épocas, ahora incluyen como “chilenos” a los pueblos originarios y a todos los sectores sociales que han quedado representados en alguna imagen; también las especies animales y minerales, las obras materiales, los edificios, las vistas de poblados y ciudades y los paisajes, en definitiva todo lo que sirva para mostrar la dimensión gráfica de esta porción de la humanidad y la naturaleza.

Entre los numerosos y diversos textos es preciso distinguir dos grandes grupos: los que son fruto del azar, el entusiasmo de algún aficionado o una iniciativa coyuntural, de aquellos que son consecuencia de trabajos de investigación sistemáticos, en los que la recopilación de las imágenes es parte de un proceso de reconocimiento, conocimiento y explicación, y donde estas están íntimamente asociadas a un texto que da cuenta de un tema relacionado, por ejemplo, con identidad, formas de producción, ocupación, explotación, usos y costumbres, estado o situación en un momento particular, prácticas fotográficas, científicas, etcétera, es decir, aquellos que se podrían considerar sólo fuentes y los que son fuentes e historiografía.

Entre los primeros están las colecciones de sellos, monedas, medallas, maquinarias, vestidos, armas y cualquier otro objeto mueble que el lector pueda evocar, prácticamente como si fueran parte de la vitrina de un museo, como es obvio de gran valor como fuentes para la historia. También los hay de ferrocarriles, puentes, plazas, mercados, calles y animitas. Un verdadero aporte, a veces inconsciente, en el arduo trabajo de ampliar el concepto de documento y divulgarlo como

patrimonio cultural. Pero diferente, por ejemplo, del libro que registra las fotografías de fueguinos y mapuches en París en el siglo XIX, cuyo título, *Zoológicos humanos*, da cuenta de la interpretación, de un afán y propósito de la obra que trasciende al hecho de sólo dar a conocer la existencia del objeto reproducido.

Un objetivo que se logra porque, entre otros antecedentes, ha habido una discusión previa sobre la fotografía como documento, materialidad, estética, práctica y técnica, epistemológica en definitiva; materializada en numerosos artículos reflexivos y en otros tantos libros interdisciplinarios en que la imagen actúa como articulador de saberes, dando origen así a una percepción visual que viene a complementar la comprensión histórica convencional. “Relatos del ojo y la cámara”, como han sido llamados por sus autores, los libros ofrecen identidades étnicas, imágenes e imaginarios del fin del mundo, antropología visual, la representación de las alteridades en el Norte Grande, retratos del poder, paisajes y fotografías, entre otros asuntos de interés y todavía amplias posibilidades como propuestas y bases de investigación histórica.

Si nos hemos extendido con el tema de la fotografía es porque tal vez sea el soporte-documento-texto-tecnología-arte, sobre el cual más se ha reflexionado y trabajado en los últimos años, en particular desde la estética, la antropología, la etnohistoria y la historia, dando forma incluso a la etnoestética. También porque es el que ofrece más registros y colecciones editados, por autor, series, soportes y temas, entre otros criterios de publicación que, por lo demás, según se amplía el trabajo con la fotografía como elemento central, van sumando nuevas categorías y criterios de estudio y selección.

La cartografía histórica, los dibujos, cuadros, grabados y acuarelas que representan el territorio y el paisaje de esta realidad natural, social e histórica nombrada Chile, también han sido un área de evidente desarrollo en el último cuarto de siglo. No con la sistematicidad y reflexión que ha acompañado a la fotografía, pero sí como producto del esfuerzo de investigación en archivos de todo el mundo que supone la recopilación de imágenes muy dispersas, muchas veces sin catalogar y, en ocasiones, de difícil acceso. Como lo muestran las *monumenta cartographica* de Chiloé y Valdivia y la cartografía magallánica, y también, aunque mucho más modestamente en sus alcances y sin el mismo rigor investigativo, las publicadas sobre Santiago, Valparaíso y otras ciudades del país. En lo que respecta a la cartografía en general, todavía se está en una etapa de búsqueda, recopilación e identificación, indispensable y requisito de la de estudio e interpretación que ya también se insinúa.

El conjunto de registros, catálogos, mapas y colecciones gráficas que se han dado a conocer son suficientes, sin embargo, como para comenzar a delinear el itinerario de una mirada sobre el paisaje chileno y de una cartografía histórica de Chile que sugieren un proceso, formas de mirar, maneras y estímulos para ocupar, poblar, aprovechar y, también, reflejar en una realidad o un plan por realizar. Ambos soportes indispensables para comprender fenómenos como la conformación del territorio, las formas y ritmos de su ocupación y las formas de representación de la naturaleza y la sociedad asociadas a Chile y sus componentes.

La edición de, por ejemplo, las colecciones de dibujos y estampas del Museo Histórico Nacional, los grabados de la Expedición Malaspina de fines del siglo XVIII, el atlas de la

historia física y política de Gay, las fotografías producidas por la Comisión Científica del Pacífico en la década de 1860 y el Chile ilustrado de Recaredo Tornero, permiten disponer de un conjunto significativo de representaciones que cubren casi un siglo y que ofrecen la sistemática configuración de Chile como imagen y sujeto-objeto representado. Todas ellas, además, en su diversidad de focos y componentes, reafirman la heterogeneidad y variedad de una realidad material, social e institucional que el texto escrito, el documento en su concepción tradicional, y también la historiografía, habían transformado en homogéneo y uniforme, incluso monolítico.

Una estrella extinta

La estrella de la bandera y escudo nacionales de Chile representa la situación del país en el mundo, en el extremo suroccidental de América del Sur, aunque también el sistema unitario que lo caracteriza de 1810 en adelante. Pero la llamada “estrella solitaria” alude además al régimen republicano y a la libertad por la que los patriotas luchaban al momento de crear la enseña en 1817. La intensidad de ambas aspiraciones fue de tal magnitud que quedó reflejada en el símbolo por excelencia del Estado y la nación que comenzaba a delinearse. Transformadas por el artilugio de su expresión material en realidad omnipresente a lo largo del territorio, en definitiva también reflejan el plan, el programa, la aspiración de los organizadores del Estado, que vieron en la república y la libertad, aunque también en el orden y la estabilidad, la única forma de vida y la garantía de sobrevivencia de la nueva comunidad. Desde entonces la mayor parte de las representaciones de Chile, también las históricas, refieren,

muchas veces contra la evidencia, cómo esta sociedad ha llegado a cumplir con el designio que los llamados “padres de la patria” le señalaron. Es el Chile de la “copia feliz del Edén” y del “asilo contra la opresión” que los versos de la Canción Nacional expresan poéticamente, y que los chilenos interpretamos con fervor desde 1847.

Sin embargo, y a la luz de lo develado por la historiografía, en particular y de forma sistemática la de los últimos veinticinco años, se puede sostener que estas nociones sobre Chile que los versos resumen metafóricamente, son como aquellas estrellas extintas, tan distantes que su luz todavía nos llega y apreciamos, pero que hace tiempo han dejado de existir, formando un “paisaje estelar” imaginario, la ponderada historia de Chile, que en realidad no está allí, a lo menos en su versión más edificante.

Esa representación, útil y tal vez indispensable para cohesionar la nación en el siglo XIX, esa luz que se creyó necesaria para garantizar la viabilidad republicana de Chile, sigue viajando, aunque tal vez hoy es evidente, gracias a la atención puesta por la historiografía en los sujetos concretos y sus condiciones de vida, que la estrella, la realidad que la hizo posible, ya no está, se ha extinguido, incluso jamás existió, salvo como aspiración, como programa o placebo.

Fue una autopercepción, una ficción de Chile que sirvió para justificar la Independencia y la organización nacional, pero que el estudio de la evolución histórica más acá de lo público muestra que o no existió o ya se apagó, aunque su brillo todavía siga alumbrando. Se transformó en una representación que evolucionó en una noción a años luz de la realidad, de la vida material de los sujetos que la componen, la sufren y la enfrentan.

Las concepciones de la historiografía tradicional sobre Chile siguen viajando, como la luz en el espacio, a pesar de que su fuente no exista, dando forma a un firmamento rebotante de mitos y fantasmas, de nociones sobre una entidad que nunca fue, un Chile inexistente que la dura lucha por la sobrevivencia, la modernidad y sus complejidades, la globalización y sus desafíos, y la creciente desigualdad que el modelo ha sido incapaz de corregir, han develado, contradiciendo la edificante visión de una trayectoria nacional que, ahora se percibe, no puede haber sido demasiado diferente de lo que en la actualidad un gran porcentaje de la población experimenta como condiciones objetivas de existencia, aun en medio de los extraordinarios logros que Chile ha alcanzado como comunidad a lo largo de su apasionante trayectoria histórica.

Situación expectante que tiene en los extranjeros sus principales voceros; basta leer la historia de Chile republicano de dos reputados especialistas anglosajones para comprobarlo, pues entre los chilenos el malestar, la disconformidad por la situación personal y familiar es creciente, a pesar de los mentados éxitos institucionales y logros macroeconómicos reconocidos por la comunidad internacional e, incluso, por una parte de los propios chilenos, en particular por quienes la disfrutaron.

Una vez más, como casi siempre, el acontecer concreto, la situación real de las personas, no calza con las representaciones que del conjunto se hacen. Sólo que ahora la misma trayectoria de Chile ha hecho posible conocer la historia que identifica, muestra y explica la cotidianidad y dureza de la existencia de los sujetos que en realidad han formado y forman la ponderada república, Estado y nación llamada Chile.

La historiografía ha estudiado elementos esenciales que han condicionado la trayectoria histórica de Chile y su desenvolvimiento como sociedad, contribuyendo a explicar, como toda buena historia, la razón de nuestra situación y tal vez del malestar social que se experimenta. Al revelar a las élites frente al espejo y al dar a conocer el sentimiento que las ha animado en algunas épocas, o al mostrar la ruta al capitalismo de Chile, identifica algunos factores de larga duración que permiten entender la resistencia al cambio de los sectores dominantes, como también las actitudes y conductas que explican la vulnerabilidad e inequidad de la estructura económica chilena.

Es la evolución histórica del país, su inserción en la globalización, el fortalecimiento de las identidades locales, el doloroso aprendizaje de los derechos humanos, el obligado respeto de las minorías, el empoderamiento de los consumidores, la falta de legitimidad y representatividad del sistema político, la creciente expansión de una clase media informada, el protagonismo de nuevos actores como los niños y las mujeres, sin olvidar los sujetos populares, los viejos y los jóvenes, entre muchos otros cambios de esta época, los que hacen que la historia, y la historia en Chile en concreto, también amplíe su rango de actores. Matizando, ampliando, comprendiendo, explicando no sólo cómo se desarrolló el país hasta su situación actual, sino también cómo vivieron los chilenos este proceso, cómo los condicionó, enfrentando de este modo los desafíos de la vida concreta por medio del conocimiento de su historia. Una historia que ya no busca la uniformidad, sino que se enriquece en su fragmentación y heterogeneidad. Que ya no resume una sola trayectoria nacional, sino que releva la de los diversos actores que se han

desenvuelto en Chile, comprendiendo la diversidad, los ritmos disímiles, la variedad, la riqueza y la posibilidad que cada uno de ellos ofrece.

La valoración de la pluralidad y la aceptación de la diferencia es, tal vez, la principal transformación experimentada por el país en el cambio de siglo entre el xx y xxi. También de la historiografía que aborda su trayectoria.

Un cambio lento, estructural, en ocasiones difícil de apreciar, pero contundente y que se manifiesta de múltiples formas, ninguna de ellas tan espectacular como las que la historia tradicional utilizaba para ponderar las gestas del Estado y así formar la nación. Que obliga a una nueva forma de hacer historia sobre Chile, una en la que los sujetos de la más variada condición y situación, las masas, el consumidor, el ciudadano, la minoría sexual o racial, la llamada sociedad civil, es también protagonista, tal como ocurre en la realidad que nos toca vivir. Contemporaneidad que, esperamos, alguna vez será historia, y no una estrella fugaz, cuando no extinta, como la concepción del pasado que ya por demasiado tiempo ha prevalecido en Chile.

Títulos citados, consultados, leídos, preferidos y escogidos¹⁴

Entre las obras generales, las más recientes, aunque no concluidas son la *Historia del pueblo chileno* (Instituto de Estudios Humanísticos, Zig-Zag y Universitaria, 4 vols., 1980-2000), de Sergio Villalobos; la *Historia de Chile* (Santillana y Zig-Zag, 5 vols., 1981-2001), de Gonzalo Vial; la *Historia general de Chile* (Planeta, 3 vols., 2000-2009), de Alfredo Jocelyn-Holt —tal vez todavía en ejecución—, y la ya culminada *Historia contemporánea de Chile* (LOM, 5 vols., 1999-2002), dirigida por Gabriel Salazar y Julio Pinto¹⁵.

¹⁴ Se mencionan casi exclusivamente títulos publicados en formato de libro. Se comprenderá lo imposible de una lista de artículos. Entre los textos aludidos en el ensayo, los siguientes del autor: “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, (en *Cuadernos de Historia*, N°16, 1996); “Chile: de *finis terrae* imperial a ‘copia feliz del edén’ autoritario”, en José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (compiladores), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina* (Buenos Aires, Sudamericana, 2008); y “La Independencia de Chile y sus cadenas”, en Marco Palacios (editor), *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después* (Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2009).

¹⁵ El 2013 apareció *Historia de la República de Chile: el fin de la monarquía y los orígenes de la República, 1808-1826* (Zig-Zag, 2013), que sus editores Juan Eduardo Vargas y Fernando Silva anuncian como tomo I de una serie que abarcará hasta 1973. Antes habían comenzado a publicarse, dirigidos por Joaquín Fermandois, los tomos dedicados a Chile de la colección Mapfre/Taurus, *América Latina en la Historia Contemporánea* (Madrid, 2010-2014). Hasta ahora han aparecido el tomo 1, “1808-1830. Crisis imperial e independencia”; el segundo que trata el período 1830-1880 y se titula “La construcción nacional”, y el tercero, llamado “La apertura al mundo”, y que abarca entre 1880 y 1930. A pesar de las buenas intenciones, entre ellas incluir aportes originales, hasta ahora ambas iniciativas siguen siendo una colección de monografías con temáticas conocidas de algunos especialistas en sus materias, aludidos más adelante.

Trabajos de síntesis recientes son la *Historia de Chile. 1808-1994* (España, Cambridge University Press, 1988), de Simon Collier y William F. Sater; el de Brian Loveman, *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism* (Estados Unidos de América, Oxford University Press, 2001); la *Historia de los chilenos* (Taurus, 4 vols., 2006-2010), de Sergio Villalobos; el compendio de Gonzalo Vial, *Chile. Cinco siglos de historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006* (Zig-Zag, 2 vols., 2009), y la *Historia mínima de Chile*, de Rafael Sagredo Baeza (México, El Colegio de México y Turner, 2014).

La *Historia de América Latina* editada por Leslie Bethell en Cambridge University Press (Barcelona, Crítica, 16 vols., 1990-2002); la *Historia general de América Latina* de la UNESCO (España, Trotta, 9 vols., 2000), y el trabajo de Marcello Carmagnani y otros, *Para una historia de América* (México, El Colegio de México, 1999), ofrecen también elementos de la evolución histórica nacional en el contexto de los procesos y períodos que cada una de ellas propone para abordar la historia de América Latina.

Entre los ensayos interpretativos de la historia de Chile que han tenido una influencia en el último cuarto de siglo entre los especialistas e incluso más allá, pueden indicarse: *El quiebre de la democracia en Chile* (1era. edición en inglés en 1978, 1era. edición en castellano, FLACSO en 1989), de Arturo Valenzuela; *La noción de Estado en Chile. Siglos XIX y XX* (La Ciudad, 1981), de Mario Góngora; el *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Universitaria, 1987), de Sergio Villalobos, y el de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, “*El peso de la noche*”. *Nuestra frágil fortaleza histórica* (Buenos Aires, Ariel, 1997). Aquí caben mencionar también las compilaciones de Sergio

Grez y Gabriel Salazar, *Manifiesto de historiadores* (Santiago, LOM, 1999) y la de Luis Carlos Parentini, *Historiadores chilenos frente al Bicentenario* (Santiago, Cuadernos Bicentenario, Presidencia de la República, 2008).

Existen numerosas publicaciones de la especialidad, de muy disímil periodicidad, calidad e impacto en los últimos veinticinco años, algunas incluso ya desaparecidas pero que fueron muy influyentes, como *Nueva Historia* (Londres, Asociación de Historiadores Chilenos, 1981-1989) o el número 19 de *Proposiciones* de SUR del año 1990, dedicado a “Chile, su historia y el bajo pueblo”. Entre las que todavía se publican y en los últimos veinticinco años han tenido algún impacto, aunque fuera coyuntural y acotado a un tema particular, cabe mencionar el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (Academia Chilena de la Historia, desde 1933), *Historia* (Pontificia Universidad Católica de Chile, desde 1961), *Magallania* (Universidad de Magallanes, desde 1970), *Cuadernos de Historia* (Universidad de Chile, desde 1981), *Revista de Historia* (Universidad de Concepción, desde 1981), *Diálogo Andino* (Universidad de Tarapacá, desde 1982), *Dimensión histórica de Chile* (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, desde 1984) e *Historia social y de las mentalidades* (Universidad de Santiago de Chile, desde 1999). Una de las últimas en aparecer es *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* (Centro de Estudios Bicentenario, desde 2002). En todas ellas se encontrará parte, en ocasiones significativa, de la producción historiográfica sobre Chile. *Historia*, que es la única indexada en ISI, tiene página web

con todos sus números en versión electrónica, lo que incluye el “Fichero bibliográfico”¹⁶.

Para profundizar en el desenvolvimiento de Chile en el mundo de la información en formato virtual, la referencia fundamental para adentrarse en la historiografía y fuentes que lo abordan y reflejan es el principal sitio cultural del país, www.memoriachilena.cl de la Biblioteca Nacional.

Obras de referencia o que abordan temas y problemas particulares para más de una etapa histórica, ilustrando sobre un aspecto original o poco estudiado de la historia de Chile, son las de Hernán Godoy, *La cultura chilena* (Universitaria, 1984); Armando de Ramón, *Santiago de Chile* (Mapfre, 1992); Mateo Martinic, *Historia de la región magallánica* (Universidad de Magallanes, 1992) y *De la Trapananda al Aysén* (Pehuén, 2005); las de Manuel Vicuña, *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX): Del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos* (Universidad Finis Terrae, 1995), *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Sudamericana y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM, 2002) y *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Taurus y DIBAM, 2006); Diana Veneros, *Perfiles revelados: historia de mujeres en Chile, siglos XVIII-XX* (Santiago, Universidad de Santiago, 1997); Carlos Foresti y otros, *La narrativa chilena. Desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico* (Andrés Bello, 1999-2001); José del Pozo, *Historia del vino chileno: desde 1850 hasta hoy* (Universitaria, 1999); Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (DIBAM,

¹⁶ También debe mencionarse *Chungará. Revista de Antropología Chilena* (Universidad de Tarapacá, desde 1972), una publicación que periódicamente ofrece trabajos sobre historia del siglo XIX.

2000); Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)* (Editorial Jurídica, 1992); Jorge Larraín, *La identidad chilena* (LOM, 2001); Pablo Lacoste, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)* (Fondo de Cultura Económica, 2003); Isidoro Vásquez de Acuña, *Historia naval de Chile, 1520-1826* (Compañía Sudamericana de Vapores, 2004); Ángel Soto (editor), *Entre tintas y plumas: historias de la prensa chilena del siglo XIX* (Universidad de los Andes, 2004); Gonzalo Piwonka, *100 años de las aguas de Santiago: 1742-1841* (Dirección de Aguas del Ministerio de Obras Públicas y LOM, 2004); Ricardo Bindis, *Pintura chilena. Doscientos años* (Origo, 2006); Pablo Marimán, *et. al.*, “¡...Escucha, Winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro (LOM, 2006); Jorge Rojas Flores, *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010* (Junta Nacional de Jardines Infantiles, 2010); Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena. (1842-1970)* (Taurus y DIBAM, 2006-2009); Pablo Camus y otros, *Ecología y ciencias naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (DIBAM, 2012); y la serie de Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1814-1932* (LOM y DIBAM, 1999), *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994* (LOM, 2000) y *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (LOM, 2002). También algunas que reúnen a varios autores como la *Historia de la ingeniería en Chile* (Hachete, 1990); *Economía chilena: 1810-1995. Estadísticas históricas* (PUC, 2000); *Historia de la vida privada en Chile* (Taurus, 2005-2007); *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile, 1920-2000* (Centro de Estudios Bicentenario, 2005); *Justicia,*

poder y sociedad en Chile: recorridos históricos (Ediciones Universidad Diego Portales, 2007); Bárbara Silva, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario* (LOM 2008); *Fragmentos para una historia del cuerpo en Chile* (Taurus, 2009); Rafael Gaune y Martín Lara (editores), *Historias de racismo y discriminación en Chile* (Uqbar, 2009); *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (Bicentenario, 2009); *Historia de la Iglesia en Chile* (Universitaria, 2009); *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2009); *Chile y la Guerra del Pacífico* (Bicentenario, 2010); *Historia de las mujeres en Chile* (Taurus, 2010-2013) y *Las revoluciones americanas y la formación de los Estados nacionales* (DIBAM, 2013).

La evolución histórica de Chile en relación con la de sus vecinos, y la de Brasil y Colombia, se puede encontrar en los libros editados por Eduardo Cavieres: *Chile-Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2005), *Chile-Bolivia, Bolivia-Chile: 1820-1930. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2008) y *Chile-Argentina, Argentina-Chile: 1820-2010. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2012); en el de Marco Pamplona y Ana María Stuyen (editores), *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2010); y en el de Ricardo Arias y Fernando Purcell (editores), *Chile-Colombia: diálogos sobre sus trayectorias históricas* (Bogotá, Editorial Universidad de los Andes, 2014).

Para una idea gráfica de Chile pueden consultarse obras como la de Juan Manuel Martínez, *El paisaje chileno. Itinerario de una mirada. Colección de dibujos y estampas*

del Museo Histórico Nacional (Museo Histórico Nacional, 2012); Rafael Sagredo Baeza y José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Universitaria y DIBAM, 2004); *Imágenes de la Comisión Científica del Pacífico en Chile* (Universitaria, DIBAM y Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, 2007); Claudio Gay, *Atlas de la historia física y política de Chile* (LOM y DIBAM, 2010); Recaredo Tornero, *Chile ilustrado* (Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2001) o la de la Fundación MAPFRE, *Chile a través de la fotografía. 1847-2010* (Perú, Mapfre, 2010). Para apreciar la evolución territorial está la *Cartografía histórica de Chile* (Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2010). También la *Cartografía histórica de Valparaíso* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1999); la *Cartografía magallánica, 1523-1945* (Universidad de Magallanes, 1999) de Mateo Martinic y las recopilaciones cartográficas de Gabriel Guarda y Rodrigo Moreno, *Monumenta cartographica chiloesia. Misión, territorio y defensa, 1596-1826* y *Monumenta cartographica valdiviensae. Territorio y defensa, 1551-1820*, ambas publicadas por la Corporación de Amigos del Patrimonio Cultural de Chile en 2008 y 2010, respectivamente.

En materia de fotografía destacan los textos de Margarita Alvarado: *Fotografía mapuche. Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario* (Pehuén Editores, 2001); *Mapuche. Construcción y montaje de un imaginario* (Buenos Aires, Catálogo Museo Isaac Fernández Blanco, 2004); *Los pioneros Valck. Un siglo de fotografía en Chile* (Pehuén Editores, 2005); *Rodolfo Knittel. Fotógrafo y viajero en el sur de Chile* (Pehuén Editores, 2006); *Jorge Opazo, fotografía, retrato y poder* (Pehuén Editores, 2007); *Fueguinos. Fotografías siglos XIX y XX.*

Imágenes e imaginarios del Fin del Mundo (Pehuén Editores, 2007); Roberto Gerstmann. *Fotografía, geografía y paisaje al Sur de América* (Pehuén Editores, 2008); *Fueguinos. Tres tiempos, tres miradas. Fotografías de Tierra del Fuego siglos XIX y XX* (Buenos Aires, Catálogo, Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco, 2010) y Catálogo Exposición *Memoria Visual e Imaginario. Fotografías de pueblos originarios. Siglos XIX-XXI* (Museo de la Memoria, Instituto Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Pehuén Editores, 2011). También el de Christian Báez y Peter Mason, *Zoológicos humanos. Fotografías de fueguinos y mapuches en el Jardín d'Acclimatation de París, siglo XIX* (Pehuén Ediciones, 2006). Para un registro detallado, el libro de Hernán Rodríguez Villegas, *Historia de la fotografía. Fotógrafos en Chile en el siglo XIX* (Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, 2001).

La dimensión social y económica de la colonia que todavía se expresa en el siglo XIX se encuentra en trabajos como los de Mario Góngora, *Estudios de historia económica colonial* (Universitaria, 1998); Rolando Mellafe y René Salinas, *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua, 1700-1850* (Universitaria, 1988); Sergio Villalobos, *La vida fronteriza en Chile* (Mapfre, 1992) y *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco* (Andrés Bello, 1995); en algunos de la serie de Isabel Cruz, en particular *La fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano* (1995), *El traje. Transformaciones de una segunda piel* (1996) y *La muerte. Transfiguración de la vida* (1998), publicada por Ediciones Universidad Católica de Chile; el libro de Armando de Ramón y José Manuel Larraín, *Orígenes de la vida económica chilena: 1659-1808* (Centro de Estudios Públicos, 1982); los textos de Eduardo Cavieres, *El comercio chileno en la economía mundo colonial* (Ediciones

Universitarias de Valparaíso, 1996) y *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2003) y el de René Salinas, *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1991). Otras monografías relativas al período colonial que se proyectan hacia el siglo XIX son las de Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas. 1700-1800* (Ediciones Universidad de la Frontera, 1990); Alejandra Araya, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (DIBAM, 1999); Lucrecia Enríquez, *De colonial a nacional: La carrera eclesiástica del clero secular chileno entre 1650 y 1810* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2007); Ximena Urbina, *La frontera de arriba en Chile colonial: interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos 1600-1800* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2009); Gabriel Guarda, *La Edad Media de Chile. Historia de la Iglesia. Desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé, 1541-1826* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2011) y Verónica Undurraga, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (DIBAM, 2013).

Títulos recientes sobre la época de la Independencia y de la organización republicana, que en ocasiones sirven de verdadera síntesis historiográfica de lo publicado, son: *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito* (Mapfre, 1992), de Alfredo Jocelyn-Holt, y el de Eduardo Cavieres, *Sobre la Independencia en Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2012); monografías como

la de Sergio Villalobos, *Portales, una falsificación histórica* (Universitaria, 1989); Gonzalo Piwonka, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (DIBAM y RIL, 2001); Cristián Guerrero, *La contrarrevolución de la Independencia* (DIBAM, 2002); Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837): Democracia de los “pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico* (Sudamericana, 2005); Paulina Peralta, *¿Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)* (LOM, 2007); Rafael Sagredo Baeza, *De la colonia a la República. Los catecismos políticos americanos, 1811-1827* (Madrid, Mapfre, 2009); Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)* (LOM, 2009); Armando Cartes, *Concepción contra “Chile”. Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)* (Bicentenario, 2010); Leonardo León, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (DIBAM, 2011) y Pablo Whipple, *La gente decente de Lima y su resistencia al nuevo orden republicano. Jerarquías sociales, prensa y sistema judicial en el siglo XIX* (Lima, Instituto de Estudios Peruanos y DIBAM, 2013).

Aspectos de la evolución política del siglo XIX, así como algunos de los procesos más característicos, están reflejados en obras como las de J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, IDES, 1985); Cristián Gazmuri, *El “48” chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Universitaria, 1992); Jorge Pinto, *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión* (Universidad de la Frontera, 2000); Ana María Stiven, *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX* (Ediciones Universidad Católica de

Chile, 2000); Simon Collier, *Chile. La construcción de una república, 1830-1865. Política e ideas* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005); Sol Serrano, *¿Qué hacer con Dios en la república? Política y secularización en Chile (1845-1885)* (Fondo de Cultura Económica, 2008); Rafael Pedemonte, *Los acordes de la patria. Música y nación en el siglo XIX chileno* (Globo Editores, 2008); Gabriel Cid, *La guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2011) y Gonzalo Serrano, *1836-1839. Portales y Santa Cruz. Valparaíso y la Guerra contra la Confederación* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2013).

La historia económica y social puede encontrarse en obras como las de Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Sur, 1985); José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX* (Sur, 1985) e *Historia social de la agricultura chilena* (Sur, 1988-1990); Eduardo Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses. 1820-1880* (Universitaria, 1988); Juan Eduardo Vargas, *José Tomás Ramos Font. Una fortuna chilena del siglo XIX* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988); Arnold Bauer, *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días* (Andrés Bello, 1994); Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930* (Universitaria, 1990); Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile, 1850-1914)* (Editorial Universidad de Santiago de Chile, 1991); Sergio Vergara, *Historia social del Ejército de Chile* (Universidad de Chile, 1993); René Millar, *Historia económica de Chile. Políticas y teorías monetarias en Chile, 1810-1925* (Universidad Gabriela Mistral, 1994); Ricardo Nazer, *José*

Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX (DIBAM, 1994); Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895* (Buenos Aires, Sudamericana, 1997); Sergio Grez, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (DIBAM, 1998); Carmen Gloria Bravo, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (DIBAM, 2000); Fernando Purcell, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880* (LOM y DIBAM, 2000); César Ross, *Poder, mercado y Estado. Los bancos de Chile en el siglo XIX* (LOM, 2003); Marco Antonio León, *Encierro y corrección: la configuración de un sistema de prisiones en Chile (1800-1911)* (Universidad Central, 2003); Luz María Méndez, *La exportación minera en Chile 1800-1840* (Universitaria, 2004); Leonardo Mazzei, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (DIBAM, 2004); Sergio Villalobos y Rafael Sagredo, *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX* (IPES Blas Cañas, 1987) y *Los estancos en Chile* (Fiscalía Nacional Económica y DIBAM, 2004); Igor Goicovich, *Relaciones de solidaridad y estrategia de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)* (España, CSIC, 2006); Alberto Díaz Araya (compilador), *Los Andes, entre el tributo y la nación: las comunidades aymarás del norte chileno durante el siglo XIX* (Editorial Universidad Bolivariana, 2006); Juan Cáceres, *Poder rural y estructura social. Colchagua, 1760-1860* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2005); Guillermo Guajardo, *Tecnología, Estado y ferrocarriles en Chile, 1850-1950* (México, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 2007); Claudio Robles, *Hacendados progresistas y modernización agraria en Chile*

Central (1850-1880) (Editorial Universidad de Los Lagos, 2007); Jacques Rossignol, *Chilenos y mapuches a mediados del siglo XIX. Una situación colonial* (Universidad del Biobío, 2007); Luz María Méndez, *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina. 1800-1840. Caminos, arriería y exportación minera* (Universidad de Chile, 2009); Gabriel Salazar, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)* (Sudamericana, 2009); Macarena Ponce de León, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (DIBAM, 2011); Marianne González, *De empresarios a empleados. Clase media y Estado docente en Chile: 1810-1920* (LOM, 2011); Óscar McClure, *En los orígenes de las políticas sociales en Chile. 1850-1879* (Universidad Alberto Hurtado, 2012); Fabián Almonacid, *La industria valdiviana en su apogeo (1870-1914)* (Ediciones Universidad Austral de Chile, 2013) y Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política. La región de Tacna-Arica y su comercio: 1778-1841* (DIBAM, 2013).

Obras como las de Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago (1813-1930)* (DIBAM, 1994); Marco Antonio León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (DIBAM, 1997); Teresa Pereira, *Afectos e intimidades. El mundo familiar en los siglos XVII, XVIII y XIX* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007); María Soledad Zárate, *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la “ciencia de hembra” a la ciencia obstétrica* (DIBAM, 2007); Mauricio Rojas, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875)* (DIBAM, 2008) y Francisca Rengifo, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Universitaria, 2011), abordan temas y problemas asociados a la familia, los sentimientos, la cotidianidad,

los sujetos transgresores y estructuras sociales, mentales y culturales.

Sobre el salitre y su influencia en la economía y sociedad, textos fundamentales son los de Thomas O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition: 1870-1891* (New York, New York University Press, 1982); Óscar Bermúdez, *Historia del salitre desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891* (Pampa Desnuda, 1984); Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)* (Editorial Universidad de Santiago de Chile, 1998); Alejandro Soto Cárdenas, *Influencia británica en el salitre. Origen, naturaleza y decadencia* (Editorial Universidad de Santiago de Chile, 1998) y Mario Matus, *Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el ciclo salitrero en Chile (1880-1930)* (Universitaria, 2012).

La cultura, educación, arte y vida intelectual del país en el siglo XIX están en sus rasgos esenciales en trabajos como los de Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896* (DIBAM, 1993); Sol Serrano, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX* (Universitaria, 1994) e *Historia de la educación en Chile (1810-2010)* (Taurus, 2013); María Loreto Egaña, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica política estatal* (DIBAM, 2000); Iván Jaksic, *Andrés Bello: la pasión por el orden* (Universitaria, 2001); Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El plan de estudios humanista, 1843-1876)* (DIBAM, 2002); Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Universitaria, 1997-2007); Manuel Vicuña, *Un juez en los infiernos. Benjamín Vicuña Mackenna* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2009) y Alexandrine de la Taille, *Educación a la francesa: Anna du Rousier y el impacto del*

Sagrado Corazón en la mujer chilena (1806-1880) (Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2012). Indispensables también, por las razones señaladas en el ensayo, los de Carlos Sanhueza, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, DIBAM y LOM, 2006) e Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880* (Fondo de Cultura Económica, 2007).

Sobre la ciencia y los naturalistas del siglo XIX, están los textos de Luis Mizón, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena* (Universitaria, 2001); Zenobio Saldivia, *La ciencia en el Chile decimonónico* (Universidad Tecnológica Metropolitana, 2004); Claudio Gutiérrez, *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843* (RIL, 2011); Patience A. Shell, *The Sociable Sciences. Darwin and His Contemporaries in Chile* (Estados Unidos, Palgrave MacMillan, 2013) y de Rafael Sagredo Baeza, *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi* (Fyrma Gráfica, 2012), así como sus estudios introductorios a la *Historia*, la *Agricultura*, el *Atlas* y los *Documentos* de la reedición de la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay incluida en la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, iniciativa de la Pontificia Universidad Católica de Chile, la Biblioteca Nacional y la Cámara Chilena de la Construcción (2007-2013).

La llamada sociedad liberal, sus características, usos y costumbres, evolución y prácticas políticas se encuentran en trabajos como los de Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (DIBAM y El Colegio de México, 2001) y *La gira del presidente Balmaceda al norte. El inicio del crudo y riguroso invierno de su quinquenio* (LOM y DIBAM, 2001); Manuel

Vicuña, *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX* (Universidad Finis Terrae y Museo Histórico Nacional, 1996) y *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo* (Sudamericana, 2001); Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891. La irrupción política de los militares en Chile* (Bicentenario, 2007); y Jacqueline Dussailant, *Las reinas del Estado. Consumo, grandes tiendas y mujeres en la modernización del comercio de Santiago (1880-1930)* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2011). Sobre mujeres, pero de las otras y en el México del cambio de siglo, y como ejemplo de historiografía chilena sobre temas ajenos a Chile, Rafael Sagredo Baeza, *María Villa (á) La Chiquita. N° 4002. Un parásito social del Porfiriato* (México, Cal y Arena, 1996).

La Guerra del Pacífico ofrece algunos títulos que han complementado la crónica militar, explicando sus antecedentes unos, interpretando y proyectando en el tiempo sus consecuencias otros. Entre ellos, los de William Sater, *La imagen heroica de Chile: Arturo Prat, santo secular* (Bicentenario, 2005); Gonzalo Vial, *Arturo Prat* (Andrés Bello, 1995); Paz Larraín, *Presencia de la mujer en la Guerra del Pacífico* (Universidad Gabriela Mistral 2002); Sergio Villalobos, *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa: 1535-1883* (Universitaria, 2002); David Home, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el "Asilo de la Patria"* (DIBAM, 2006) y Carmen Mc Evoy, *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2011).

Por último, y para conocer y comprender elementos esenciales que han condicionado la trayectoria histórica de Chile y su desenvolvimiento como sociedad, dos libros

fundamentales: el de María Rosaria Stabili, *El sentimiento aristocrático. Élite chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Editorial Andrés Bello y DIBAM, 2003) y el de Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión, 1850-1880* (DIBAM y LOM, 2005).